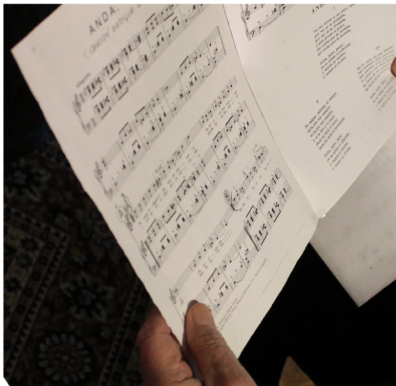
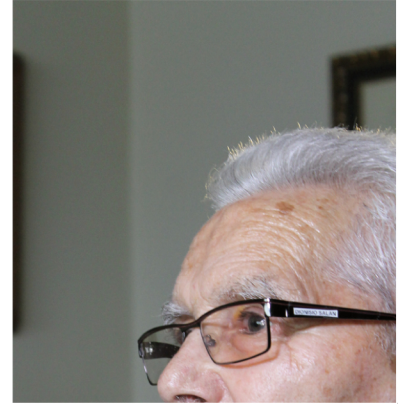




Dionisio Salán



Pedro Iturralde



Eugenio González



Comunidad de Madrid





*Eugenio González González*

*Pedro Iturralde*

*Dionisio Salán*

## **MAYORES MAGNÍFICOS**



**Comunidad de Madrid**

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Agencia Madrileña de Atención Social





CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA  
AGENCIA MADRILEÑA DE ATENCIÓN SOCIAL

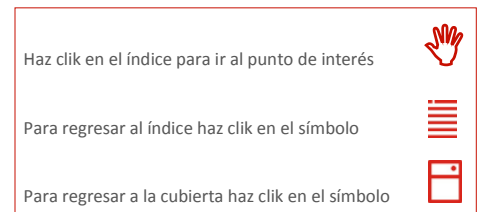
@ **Textos:** Agencia Madrileña de Atención Social  
@ **Fotografías:** Pedro Iturralde, Eugenio González y Dionisio Salán  
@ **Comunidad de Madrid**

**Edita:** Coordinación de Centros de Mayores (UADI)  
Agencia Madrileña de Atención Social  
**Diseño y maquetación:** DEMÁSMEDIA  
**Imprime:** Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid

**Tirada:** 300 ejemplares  
**Edición:** 1/2015

**Depósito legal:** M-39680-2015

Impreso en España - Printed in Spain



*La Comunidad de Madrid rinde homenaje a través de su proyecto Mayores Magníficos a todos los mayores con cuyo esfuerzo, talento y capacidad se ha construido un Madrid lleno de variedad y riqueza humana sean o no oriundos de esta tierra abierta a todos. Se trata de una iniciativa de la hoy Agencia Madrileña de Atención Social, con el fin de poner en valor la vida extraordinaria de los mayores que han destacado bien por la ejemplaridad de su trayectoria vital, su singularidad, genialidad, o valor humano.*

*Este cuaderno biográfico en su edición 2015, recoge la trayectoria vital y profesional de tres Mayores Magníficos. Tres hombres con perfiles bien distintos, pero cuyas historias nos ofrecen abundantes elementos de reflexión y una mirada amena y honesta a la historia de nuestra comunidad, desde ámbitos dispares como la atención a los más necesitados, la cultura y el arte, y el servicio público.*

*Eugenio González ha dedicado su vida al cuidado y recuperación de los menores en situación de abandono, exclusión o conflicto social. Más allá de su encomiable y vocacional empeño y de su impecable trayectoria, la historia de este maestro burgalés, hoy eminencia universitaria, nos ofrece una reflexión de calado sobre la manera en que nuestra sociedad se enfrenta a uno de sus retos más complejos: ayudar a quienes más lo necesitan. A ello ha consagrado su carrera Eugenio, cuyo lema es "dar voz a quienes no tienen voz".*

*Si se habla de Jazz en España, posiblemente vendrá a la cabeza el nombre de Pedro Iturralde. Nacido en Falces, Navarra, Iturralde es uno de los pocos nombres propios que nuestro país ha dado al panorama jazzístico mundial. Saxofonista y clarinetista (aunque también toca piano, guitarra y violín), su legado artístico es realmente enorme, propio de un músico total que además de destacar en el mundo del Jazz ha desarrollado importante carrera clásica, ha dejado miles de grabaciones con artistas de todo tipo, centenares de composiciones y ha realizado importantes contribuciones a la enseñanza musical. Por si fuera poco, una vida apasionante y aventurera le ha permitido recorrer los escenarios de medio mundo.*

*Dionisio Salán es historia viva de los Bomberos de Madrid. Más de cuarenta años en la profesión han dejado innumerables anécdotas que nos muestran las duras y las maduras de un trabajo en el que valores como la valentía, el coraje y la entrega desinteresada a los demás no son palabras vacías de contenido, sino cualidades que Dionisio Salán ha demostrado poseer con hechos: salvando vidas y jugándose el pellejo en cada intervención. Su historia es la de un bombero de los de antes: cuando no había medios, cuando se entraba a los fuegos a golpe de pulmón, cuando las guardias eran maratonianas y el parque de Bomberos era casi una familia.*

*La narración del periplo vital de estos tres madrileños, ofrece un interesante recorrido por la evolución de nuestro Madrid y nuestra España desde ópticas diversas, cuyo nexo común podría ser su empeño y dedicación profesionales, que deja tras de sí un legado imprescindible para quienes han continuado y continúan transitando la senda que nuestros Magníficos han marcado.*

**Carlos Izquierdo Torres**  
**Consejero de Políticas Sociales y Familia**  
**Comunidad de Madrid**

Mayores Magníficos

# "DAR VOZ A LOS QUE NO TIENEN VOZ"

*Eugenio González González*

1. *Nuestro hombre dentro*
2. *Una infancia dulce*
3. *La clase y el recreo*
4. *El bachiller*
5. *El circo*
6. *De Benposta a CEMU*
7. *Ciclo infernal*
8. *Reformatorio*
9. *El multiplicador*
10. *Gente normal y corriente*
11. *Fotografías*



## NUESTRO HOMBRE DENTRO

Eugenio González tiene ante sí un buen taco de folios, recién impresos. Los coloca en la mesa del despacho, en su domicilio en la plaza de Marqués de Vadillo, en Carabanchel. Se calza las gafas, enciende una lamparita de despacho, y se sumerge en la lectura: "Boletín Oficial del Estado del jueves 23 de julio de 2015. Ley Orgánica 8/2015, de 22 de julio, de modificación del sistema de protección a la infancia y a la adolescencia".

Lee el texto con atención. Subraya frases. Murmura para sí. Niega con la cabeza. Hace anotaciones en los folios. Ya ha amanecido cuando termina la lectura. Se dirige a la cocina y se prepara el desayuno: aquellas sopas de leche que le saben a pueblo, y que le recuerdan su propia niñez. Pronto sonará el teléfono. Comienza otra jornada en la que recibirá unas cuantas llamadas urgentes, enviará unos cuantos correos electrónicos, tendrá varias reuniones en distintos puntos de la ciudad, asistirá a un seminario y vaya usted a saber qué más. Mucho trabajo por delante, incluso para este maestro jubilado que no puede parar quieto.

\*\*\*

"¿Qué sabrá este maestrillo?". Alguien le dijo algo así alguna vez. No se le olvida: "Se me quedó grabado cuando me lo dijeron, hace ya muchos años. Así que aunque no sea abogado, tengo que leerme las leyes. Éste es el desarrollo de la ley. No creo que la mayoría de los políticos se lea esto, pero para mi es muy importante conocerlo a fondo, necesito argumentos si debato con alguien, y conocer la ley puede ser importante en casos concretos, si hay que sacar a un menor de un internado, por ejemplo...".

El *maestrillo* en cuestión es Eugenio González González: maestro, pedagogo, licenciado y doctor en Psicología, especialista en Necesidades Educativas Especiales. Más de veinte libros y centenares de artículos publicados, colaborador en media docena de instituciones dedicadas al apoyo y ayuda a menores en situación de marginalidad, abandono, desamparo y/o conflicto social.

Además, es un señor de Burgos tremendamente simpático, que da la impresión de haber tenido las cosas muy claras desde hace mucho tiempo. "Yo soy un representante de la sociedad, y mi función es sacar a estos menores de ese mundo. Tengo que ganarme su confianza, pero no ser uno de ellos: cuando ven que realmente te preocupas, aunque les pongas cortapisas, aunque les digas que tal cosa no la pueden hacer, aunque no les guste lo que les están diciendo... entonces confiarán en tí, y sabrán que lo haces porque les quieres".

Fácil de decir, pero muy difícil de hacer. Eugenio ha trabajado toda su vida con la parte más desfavorecida de la sociedad. Y dentro de la parte más desfavorecida, con los más vulnerables: los menores. Niños y adolescentes que a corta edad cargan con traumas, culpas, estigmas y un futuro tan evidente y predeterminado como terrible, que su entorno puso sobre sus hombros sin que ellos pudieran hacer nada por evitarlo.

La familia, el barrio, la sociedad entera, les ha fallado. Eugenio intenta corregirlo: que vuelvan a la sociedad, que la sociedad vuelva a ellos. Representa a esa sociedad, nos representa a todos. Es uno de los nuestros trabajando en el lado más difícil, oscuro y dramático del sistema social. Alguien que se moja allí donde los demás no hemos querido, sabido o podido entrar. Es *nuestro hombre dentro*, como dirían en una película de espías.

Pero esto implica que también nos debe mostrar realidades incómodas que tal vez preferiríamos no ver, y cuya contemplación quizás nos haga preguntarnos qué estamos haciendo nosotros, qué está haciendo la sociedad por sus miembros más vulnerables. Puede que la respuesta no sea la que nos gustaría. Es parte de su trabajo. "Poner voz a los que no la tienen", eso es lo que hace Eugenio González. Ha dedicado su vida a ello.



## UNA INFANCIA DULCE

Son, básicamente, cuatro calles: Mayor, de la Iglesia, del Arco, El Ruedo. Cambian de nombre (del Sol, Traseras, Calvo Sotelo) en algún requiebro en su corto trazado, como si se hubiera querido dar algo más de entidad a tan modesto diseño urbano a base de añadir algunos letreros. Lo cierto es que siguen siendo cuatro calles.

Muros de ladrillo visto o recubiertos de adobe, tejados de teja, portones de madera marrón, o pintada de verde. Al fondo, la iglesia, el único edificio de piedra del pueblo, rodeado por su jardincito de frutales y setos bien moldeados. No se ve a nadie. Un remolque para ganado en la plaza, una segadora varada sobre el asfalto más allá. Silencio.

Basta andar un par de minutos para tropezarse con el mar de tierras verdes y marrones del campo burgalés, inmutable bajo un frío cielo azul salpicado de nubes de formas inciertas. Hay treinta habitantes censados en Palacios del Riopisuerga (Burgos), de los que apenas diez viven allí. Un veinte por ciento, es decir, dos, son hermanos de Eugenio González González, que nació en este pueblo hace setenta y tres años.

"Entonces el pueblo tenía unos cuatrocientos cincuenta habitantes, lo que no está nada mal para Castilla". Eugenio habla de su infancia en aquel pueblo ubicado en el límite de la provincia de Burgos con la de Palencia; ambas están separadas por el río Pisuerga, ése que, aprovechando, también pasa por Valladolid: "Salvo una de las abuelas, que había nacido al otro lado del río, en Lantadilla, toda mi familia, incluyendo mis padres, nació en Palacios de Riopisuerga".

En su familia eran siete hermanos al cuidado del padre, que se había quedado viudo cuando Eugenio tenía apenas tres años. El padre: un hombre "con una inteligencia enorme, casi un superdotado". Cada mañana, bien temprano, salía al campo a trabajar, dejando a los hermanos mayores al cuidado de los pequeños. A su vuelta, ya de noche, "nos sentaba a la mesa, en círculo, a todos los hermanos a hacer los deberes, mientras él leía el periódico".

Sin apartar la vista del diario, "le preguntábamos cualquier duda y él la resolvía. Luego revisaba los deberes de cada uno". Un hombre sin duda "increíblemente culto para ser agricultor: fue el primero en comprar una radio en el pueblo, el primero en tener televisión. Era muy cultivado, y eso nos lo transmitió".

También fue, a su manera, un visionario: "Mi padre tuvo la visión de sembrar regadío en el pueblo: remolacha y alfalfa. Con la remolacha sacaba dinero que venía de perlas". Pero no sólo eso. Aquellas hectáreas de remolacha fueron también reponsables de que la infancia de los González fuera tan dulce: "Con la remolacaha cada año le daban a mi padre 80 kilos de azúcar, lo que era un capital en plena posguerra". Muchísimo azúcar: "Lo comíamos a discreción".

La familia también cultivaba trigo y cebada, y criaba animales: "Ovejas, cerdos, conejos, vacas... Por las tardes había que limpiarlos, darles de comer, y por las noches ordeñar a las vacas". Tareas que muy pronto, desde los cinco o seis años, pasaron a ser responsabilidad del pequeño Eugenio, una vez que los hermanos mayores debían ya salir al campo cada mañana a ayudar al padre.

"Esta responsabilidad la sentí desde los cinco o seis años, y pienso que me ha marcado toda la vida. Porque era algo que si no hacías, lo hacía otro, y esto lo entendí enseguida. Si yo no lo dejaba limpio, luego llegaba el abuelo y lo tenía que hacer, y te echaban la bronca...", recuerda. Además, "Los animales también lo agradecían, engordaban, producían más... recuerdo cómo a las vacas les hacías cosquillas en la frente... Este contacto con la vida, con la naturaleza, me marcó".

Manjares blancos de la infancia: pan, leche y azúcar. Leche recién ordeñada, azúcar de la inagotable reserva familiar. El pan, sacado del gran horno que tenía la casa, o del de los vecinos: "Cada casa horneaba el pan suyo y el de varios vecinos más. Cuando se acababa, le tocaba a otro hornear el de todos, y así nunca faltaba pan y se compartía perfectamente el gasto y el trabajo".

Costumbres que no se pierden: "Yo hoy sigo desayunando lo que desayunaba entonces: sopas de leche, o sea pan mojado en leche", afirma sonriente, recordando aquella dieta tan monotemática como nutritiva: "Por la mañana sopas de leche, a mediodía el bocadillo, que era un trozo de pan mojado en leche y untado en azúcar, y que a veces el maestro me quitaba porque decía que cogía demasiado y que luego no iba a comer. Y aún por la noche volvía a tomar pan y leche".

## LA CLASE Y EL RECREO

"La escuela, con unos cincuenta alumnos, era única: niños y niñas, pequeños y mayores, todos íbamos a la misma escuela". Viniendo de alguien que ha dedicado su vida a la enseñanza, con una pasión que sólo puede calificarse de vocacional, podría suponerse que su paso por aquella escuelita sería determinante para el descubrimiento de la vocación. Nada más lejos de la realidad: "Nunca quise ser maestro", afirma tajante.

Curiosamente, su paso por la escuela del pueblo fue "una experiencia muy amarga". La explicación la encuentra en la manera de enseñar de la maestra local, con la que todos sus hermanos se llevaban de maravilla, menos él: "No prestaba atención, y me daba cachetazos. Me pegaba. Así que yo alborotaba en la escuela, me ponía a cantar... un desastre".

Lo cierto es que los problemas de Eugenio en la escuela no eran académicos: "A mi desde siempre me resultaban fáciles los problemas de matemáticas, por ejemplo. Aún sin saber hacer bien las operaciones, en seguida sacaba los resultados por cálculo mental". Justo por esto, no caía bien a aquella maestra: "En vez de estimularnos, nos sacudía". Aquella vieja máxima de "la letra con sangre entra" que, lamentablemente, tan arraigada estuvo en muchas escuelas españolas hasta no hace tanto.

"Aún hoy, es frecuente que la gente que tiene cierta facilidad fracase escolarmente, porque no se les estimula adecuadamente", reflexiona Eugenio González, que en las clases de la escuela se rebelaba contra aquello. El círculo se cierra algunos años después: "Cuando estaba estudiando Magisterio, me ofrecieron trabajar en la escuela del pueblo quince días, para hacer una suplencia". La vieja maestra ya no estaba, pero la experiencia para el joven profesor, asaltado por turbios recuerdos de la infancia, fue contradictoria: "Me sentí como un elefante en una cacharrería, verme de pronto dando clase en aquella escuela, en la que no había estudiado", recuerda, subrayando el "no".

Si en clase lo pasaba mal, todo lo contrario ocurría cuando sonaba la campana del recreo. Y es que si hay algo que Eugenio recuerda con total nitidez de sus primeros años, son los juegos infantiles: "Nos fabricábamos nosotros los juguetes, y dependiendo de la época del año jugábamos a una u otra cosa".

Juguetes como un aro de metal, que los niños hacían rodar mientras corrían por las calles del pueblo: "De las cubas sacábamos el aro que sujetaba las tablas, y luego de los calderos de agua, que entonces eran de metal, fabricábamos lo que llamábamos la manivela". Esto era una especie de vara de metal -"las más sofisticadas, con agarradera", que los niños sacaban de aquellos calderos "cuando se habían roto".

Por supuesto, también se jugaba "al escondite, *al pasar la barca*, a la comba...". O la petaca, no confundir con la petanca, aunque se parezca mucho: "Se jugaba con una pezuña de vaca, y con piedras, las más redondas que encontrábamos. Hacíamos un círculo y poníamos la petaca, la pezuña del animal. Con las piedras había que sacarla del círculo o quedarse lo más cerca posible... vamos, como la petanca, pero a más distancia".

Otros juegos se veían limitados, claro está, por pura economía. No es que las familias tuvieran que hacer una gran inversión en juguetes: es que directamente no había partida destinada a algo así en los presupuestos familiares: "Las chapas, por ejemplo, que cogíamos de las botellas de cerveza, eran muy difíciles de conseguir, era un mérito tener alguna". Lo mismo pasaba con otro juego popular: los "cartones".

A los "cartones" se jugaba con cajas de cerillas: "Cortábamos la parte de delante y la de atrás, y eso eran los cartones. Lo que había que hacer era taparlos con un trozo de teja. Se ponían muchas tejas, y había que ir levantando. Si levantabas y no había, tenías que poner. Y si te quedabas sin ellos, ya no podías jugar". Así que aquellos "cartones" estaban muy cotizados: "Con una perra chica, que valía cinco céntimos, comprabas ocho o diez cartones, y con la perra gorda, diez céntimos, pues imagínate... pero claro, a ver quién tenía entonces una perra chica. Nadie".

La hora del recreo pasaba rápido, pero aún quedaba la tarde para casi todos los niños... salvo para Eugenio y sus hermanos: "De los siete, yo soy el sexto, sólo tengo una hermana pequeña. Mi hermano mayor, el quinto, y yo, éramos los que nos ocupábamos de los animales por las tardes, porque los otros hermanos estaban en el campo". Una gran responsabilidad, que cumplían resignados: "Mientras estábamos limpiando la cuadra, oíamos a los niños jugando fuera, y nosotros allí. En verano, aún nos daba tiempo a salir luego, pero en invierno cuando terminábamos ya era de noche, y no había con quien jugar".

## EL BACHILLER

Las orejas. El perro lobo camina unos metros por delante, tratando de olfatear el camino de tierra, a medias sepultado por la nieve, que parece ir surgiendo, a cada paso, de la espesa niebla circundante. Una niebla negra, fría y silenciosa, amenazante, por la que avanza, a lomos de un burro, vestido con cuantas prendas de abrigo había en su armario y aún envuelto en varias mantas, el acongojado bachiller. Las orejas: mientras el perro no las levante, todo irá bien.

"No he pasado más miedo y más frío en toda mi vida", recuerda Eugenio González. "A los nueve años, mi padre decidió mandarme a Lantadilla, el pueblo de al lado pero ya en provincia de Palencia, a estudiar el Bachiller. El primer año iba a la hora de la comida del maestro, pero en segundo ya venía también mi hermana pequeña, y el maestro le dijo a mi padre que uno de los dos tendría que ir por la noche. Lógicamente, tenía que ser el niño, o sea yo".

Las clases empezaban a las cinco de la tarde, y terminaban a las ocho. Al salir, volvía sólo al pueblo, montado en su burro y protegido por aquel perro lobo ("si no te conocía, el perro lo primero que hacía era subirse y ponerte la boca en el cuello"), de cuyas orejas no apartaba la vista en todo el trayecto: "Si las levantaba, sabías que algo pasaba". Era un kilómetro y medio de distancia, pero en una de aquellas noches de crudo invierno castellano, en las que la niebla no permitía ver unos metros más allá y el camino quedaba oculto por la nieve, lo que podía pasar no era nada bueno: "En aquella época, podías cruzarte con un contrabandista, un bandolero...".

Un par de años después, Eugenio terminó el Bachiller en Burgos. Por entonces, una gran ciudad a ojos de aquel muchacho de pueblo que apenas había viajado poco antes a hacer un exámen a Palencia: "Me examiné en Palencia en el Jorge Manrique, un edificio fantástico que debió haber sido la primera universidad de España, construida antes que la de Salamanca, pero que no se llegó a inaugurar".

Aquel Burgos de mediados de los 50 "me venía grande. Tanta gente, tanto asfalto. Yo entonces estaba acostumbrado a mis ovejas, mis burros, y echaba tanto de menos el pueblo... Cuando volvía en las vacaciones de verano, tenía tantas ganas de trabajar con los animales, y de estar en el campo, que no paraba en todo el día, y al poco me tenía que pasar tres días en cama. Me ponía malo de tantas ganas con que volvía al pueblo". En Burgos, en cambio, "era un verdadero pardillo, aquello no me gustaba nada. Me pasó lo mismo la primera vez que vine a Madrid". Eso sería unos años más tarde.

Su padre había alquilado un piso en la ciudad para que sus hijos pudieran estudiar: "Éramos cuatro en Burgos. Mi padre manteía dos casas, lo que me hizo concienciarme aún más y ser más responsable". Eugenio extrañaba el pueblo, pero "no había posibilidad de retorno. Sabía que si volvía renunciaba a seguir estudiando. Nadie lo decía, pero yo sabía muy bien qué significaba poder estudiar, desde pequeño me lo habían inculcado".

En Burgos terminó el Bachiller, realizó el Pre Universitario y estudió Magisterio, carrera que a Eugenio le resulto fácil, "por la preparación que llevaba del Pre Universitario". El futuro maestro no estaba muy convencido, pero tampoco le dio tantas vueltas a la elección de la que iba a ser su profesión: "Creo que hice Magisterio básicamente para que mi padre se quedara tranquilo al ver que terminaba los estudios. Es lo que pensé al acabar: 'Con esto ya se queda tranquilo". Claro que, después, una vez alcanzado el objetivo, Eugenio eligió un rumbo distinto al previsto.

Antes, mientras estudiaba la carrera, es cuando entró en contacto con la cruda realidad a la que decidiría hacer frente, convirtiendo ese ímpetu en el motor de su vida: "Cuando comencé a estudiar Magisterio, no sé exactamente por qué razón, me puse en contacto con un centro de menores de Burgos. Me impactó mucho la miseria, la pobreza, el abandono de aquellas criaturas, que estaban abandonados por sus familias. En aquel centro no se podía sacar prácticamente nada de esos muchachos", recuerda.

Tras este primer contacto con los más desfavorecidos de la sociedad, el futuro maestro Eugenio no podría ya mirar hacia otro lado nunca más: "Seguí visitando aquellos centros. Conocí el Hospicio y el Orfanato de Burgos, al que iban niños abandonados al nacer. Me siguió impresionando, pero no podía hacer tampoco mucho entonces, con dieciocho años". Tal vez por ello, para poder hacer algo, nada más terminar de estudiar decidió dar "un salto muy grande" en su vida. El salto consistió en ir en busca del Padre Silva para unirse al Circo de los Muchachos.

## EL CIRCO

Resulta chocante imaginar a aquel joven e inexperto maestro de pueblo, tan cabal, apocado y responsable, que tanto disfruta recorriendo las cuatro calles que conoce de todo la vida y cuidando sus animales, extendiendo el dedo en alguna carretera, embarcado en un viaje aventurero, sin dinero y con apenas una maleta con cuatro cosas. Lo cierto es que algo parecido es lo que ocurrió: "En cuanto terminé Magisterio, recorrí España en autoestop, de cabo a rabo. No tenía dinero, ni sitio donde dormir. Cuando había comida, comía, y si no no comía nada. No sé qué fiebre me entró, qué vocación descubrí... Siempre en torno a los niños".

Recién acabados sus estudios de maestro, Eugenio decide ir a conocer de primera mano el famoso proyecto educativo del padre Silva: el Circo de los Muchachos. Su plan consiste en presentarse en el circo, y ofrecerse a Silva como maestro para su proyecto: "Me fui a contactar con Silva a Vitoria, y de allí a Zaragoza. Llegué sin un duro en el bolsillo". Finalmente, pudo encontrarse con Silva en Madrid: "Fui en autoestop. Me presenté en el cine Castilla. Me dejaron entrar sin pagar la entrada, pues no tenía dinero". Allí logró hablar, al fin, con Silva: "Me *contrató* (sin sueldo, por supuesto), para que diera clase, pero en el año y pico que estuve, primero en el circo y luego en Orense, no di clase un sólo día. Siempre había cuestiones mucho más urgentes, como dar de comer a los niños".

Jesús Silva, cura diocesano orensano formado en la Universidad de Comillas, creó en los años 50 el célebre Circo de los Muchachos, integrado por niños sin hogar, que realizaría giras mundiales y daría una fama extraordinaria a Silva y a su proyecto. Después crearía, en las afueras de Orense, la escuela Ciudad de los Muchachos, una comunidad educativa revolucionaria. La "ciudad" de Benposta (por "bien puesta", en gallego) era un espacio destinado a niños sin hogar, y muy especialmente a los más afectados por casos de pobreza y violencia, que por su innovador concepto y desarrollo desafió el orden establecido en España a nivel educativo, social e incluso político. Así, el modelo de Benposta ha sido calificado de "comuna cristiana autónoma" o de "república independiente", en la que se promulgaban leyes propias, se celebraban elecciones libres para elegir un alcalde entre los "muchachos", e incluso se acuñó una moneda propia.



Tras conocer a Silva en Madrid, Eugenio regresa (siempre en autoestop) a Burgos para hacer el equipaje, y unos días después se presenta en la capital, tal y como ha pactado con Silva, instalándose con el circo: "Los niños dormían en un albergue en la Casa de Campo, pero los mayores vivíamos en las barracas del circo. Estábamos instalados en la calle Capitán Haya, enfrente del Bernabeu. Aquello era una campa, no había nada entonces". La experiencia duró cuatro meses, un invierno. "Por el circo pasaban habitualmente los cómicos Tip y Coll y otros muchos artistas, o los jugadores del Real Madrid, que nos regalaban algunas entradas para ir al campo y a cambio nosotros a ellos para venir al circo". Además, "íbamos a todas las actuaciones de teatro que había, con el pase del circo".

"Madrid me venía muy grande, y yo era entonces muy ingenuo". Al respecto, recuerda una anécdota: "Se me acercó un niño y me dijo: 'Maestro, me quiero unir al circo, pero mi familia no me deja. ¿No podría usted venir a casa a convencerles?'. Eugenio dijo que sí: "Tuvimos que coger varias camionetas hasta llegar a un barrio tremendo. Vivían en una chabola. Allí estaban los cuatro hermanos del muchacho, todos mayores que yo, y la madre. No se cómo me metí en aquello, pero les convencí". Ésta era una de las formas en que los muchachos llegaban al circo de Silva: "Como ese niño, cogíamos a muchos".

Aquella experiencia "me sirvió después: trabajando como educador en Madrid, iba a visitar a niños que habían pasado por el reformatorio a sus casas, a sus barrios, para hablar con las familias". En estas experiencias, a veces Eugenio encontró casos desoladores: "Muchas veces pensamos que estos niños tienen tantos problemas porque la familia se ha desentendido, pero yo he encontrado casos, por ejemplo en El Pozo del Tío Raimundo, en que los padres realmente estaban desesperados. Gente que había emigrado de Andalucía sin nada, para buscar una vida mejor para sus hijos, y éstos terminaban en el reformatorio, o en la cárcel. Y lo que te decían es: 'Hemos fracasado totalmente', y lo decían con un cariño, una ternura y un dolor tremendos". Para ayudar a los menores, "siempre hay que ir al contexto, a la familia, al entorno", explica Eugenio.

Después de pasar el invierno en Madrid, Eugenio se traslada a Benposta, Orense, la sede original y estable del proyecto educativo-social del Padre Silva. Aunque luego la ciudad de Silva llegaría a ser un complejo de varios edificios para albergar a sus muchachos, cuando Eugenio estuvo allí trabajando, en 1965, apenas era todavía un conjunto de barracones en un terreno a las afueras de Orense que nadie sabía si Silva había comprado o el Ayuntamiento le había cedido. En Benposta Eugenio coincidió con un joven arquitecto, muy interesado, igual que él, en aquella experiencia puesta en marcha por Silva. Se trataba de Alberto Muñiz Sánchez, Tío Alberto: "Coincimos los dos allí. Él era un poquito mayor que yo; era arquitecto, iba bien elegante, con su traje, y se alojaba en un hotel cercano a la ciudad".

## DE BENPOSTA A CEMU

Jesús Silva, fallecido en 2011, era un hombre "totalmente único, irrepetible" en palabras de Eugenio. Su proyecto socio-educativo, el circo y luego la Ciudad de los Muchachos, fue una experiencia novedosa y revolucionaria en su momento que, eso sí, desde un principio tuvo un fortísimo componente personalista. La trayectoria de Silva incluye un triste final que, como se verá, da cuenta de lo controvertida que ha acabado siendo su figura.

Al poco de trasladarse a Benposta, Eugenio queda como gobernador de la ciudad ante la ausencia del fundador: "El padre Silva se marchó un tiempo a Rusia con el circo, y yo quedé como director. Durante su ausencia, dar de comer a doscientos y pico niños era una obra de arte increíble. Los medios que había eran muy escasos". Las instalaciones del complejo eran precarias: "Los mayores dormían en barracones. No había váter en los barracones; estaba fuera, y algunos niños tenían miedo de salir y se lo hacían por los rincones... Yo vivía con los más pequeños, treinta y tantos niños, en una casa con goteras por todas partes. Cuando llovía, se mojaban las camas", recuerda.

Contratado como simple maestro, nunca pudo ejercer esta función. Además de la gestión de todo el centro, se ocupaba de la parte *académica*, esto es, de la formación de los muchachos, que recibían una instrucción básica a la par que aprendían también el que sería su oficio, el circo: "Había payasos, malabaristas, contorsionistas... que daban clases, y luego estaban los maestros". Una de las funciones principales de Eugenio era "llevar el control de los partes de los maestros. Se hacía un parte si un niño no había venido a clase, si se había portado mal... Yo los revisaba cada noche, dormía muy poco". Cuando lo consideraba necesario, "ponía sanciones: dejaba a un niño sin cenar si había tenido muchos partes, o se le reducía la cantidad de coronas, la moneda propia de Benposta, que recibía cada semana". Su objetivo era "organizar todo aquello. Los muchachos se enfadaban conmigo, pero si no se les corregía, si no se les decía lo que hacían mal, el trabajo que hacían los maestros no servía".

A la vuelta de Silva, la situación se complicó, hasta el punto que Eugenio acabaría dejando Benposta: "El padre Silva, al que tengo un gran respeto y un gran cariño,

era desde luego un hombre muy carismático e irrepetible, que se salía del molde... pero pedagógicamente era un desastre". Su excéntrico liderazgo incluía decisiones arbitrarias que desesperaban a Eugenio: "Tuve muchas desilusiones, porque me desautorizaba. Yo ponía una sanción, y luego él decidía quitarla, le quitaba importancia... No me apoyaba, y eso significaba no apoyar a los maestros". Finalmente, Eugenio abandonó. No perdió el contacto con Silva: "He coincidido muchas veces con él a lo largo de los años. En una ocasión me dijo que nunca pensó que me fuera a marchar. Y yo le dije: 'Ya te lo advertí entonces. ¿Qué podía hacer? Me habías nombrado responsable del tema pedagógico, pero era imposible'".

Silva falleció en 2011. Durante los últimos años de su vida, el proyecto original en Orense fue duramente cuestionado tras una sucesión de denuncias de corrupción, apropiación de capitales y quizás lo más doloroso, abusos y maltratos ocurridos a lo largo de los años. Denuncias que llegaron desde fuera pero también desde dentro del propio colectivo. "Su final ha sido muy oscuro, un final muy duro. Quiso vender Benposta, y los que estaban de responsables, que habían crecido allí, se le enfrentaron. El Ayuntamiento dijo que la finca no era suya, así que no pudo vender. Entonces vino a Madrid, y murió en soledad. Un hombre que fue muy grande, y ha muerto tal vez de manera indigna", opina Eugenio.

En 1970, el arquitecto Alberto Muñiz, Tío Alberto, creó en Leganés la Ciudad Escuela de los Muchachos (CEMU), que sigue funcionando hoy día en base a los principios originales y plenamente integrada en la localidad madrileña. Es uno de los proyectos con los que Eugenio colabora desde su fundación: "Los terrenos eran un barrizal, una charca. Se fue echando material de relleno de edificaciones, y luego se construyó todo el complejo". Un complejo con escuela, pistas deportivas, talleres de oficios, iglesia (con un magnífico fresco pintado por el Tío Alberto) ayuntamiento, instalaciones audiovisuales e incluso un hotel para los visitantes. "Hoy se atiende a niños en situación de desamparo: niños abandonados con problemas familiares, sociales... de todo tipo".

Eugenio y Tío Alberto coincidieron, como sabemos, cuando el proyecto de Silva daba sus primeros pasos. Después, "Tío Alberto se dedicó a los menores en este ámbito del CEMU. Digamos que fue por libre, lo mismo que el Padre Silva. Yo continué en el ámbito de los menores pero de forma oficial, pública, en los centros oficiales". Caminos que se separan pero constantemente se encuentran al compartir un mismo objetivo. El modelo de Benposta se reproduciría en muchos otros lugares, como Bolivia, Venezuela o Colombia. En el país cafetero, fue un antiguo muchacho de Benposta quien lo fundó, José Luis Campo Rodicio, *Pequeno*: "Él está sacando menores de las guerrillas, está haciendo un grandísimo trabajo, y peligroso. Es un gran hombre".

## CICLO INFERNAL

"El que yo me volcase tanto en este campo tiene que ver con el camino que estas criaturas seguían: en casi el cien por cien de los casos, era orfanato, reformatorio y cárcel. Ésa era su vida". Un ciclo infernal que Eugenio identificó desde el momento en que entró en contacto con el mundo de los menores en situación de conflicto. En los 60, "la ley lo que decía es que había que recoger a los niños abandonados, y mandarlos al orfanato. Una vez allí, a la sociedad no le importaban absolutamente nada. A la sociedad le daba igual si vivían, si se recuperaban, o si se morían de hambre. Simplemente, los metía allí, y allí se quedaban".

Ante esta situación sólo quedaba intentar "romper esa cadena", que es en realidad la motivación de cuantos trabajan en este ámbito: "Si intervienes, lo mismo salvas a uno, o a cinco, o a veinte... Eso es lo que piensas". Durante su larga carrera, Eugenio no puede hacer otra cosa que relativizar sus éxitos: "He trabajado con muchísimos menores. Muchísimos: más de doce mil niños y niñas en toda mi vida. Niños con un camino marcado: cárcel, drogas, prostitución. De esos, quizás los que han salido de todo ello y hemos recuperado, han podido ser apenas cien, doscientos, tal vez trescientos. No creo que más. ¿Y qué pasa con todos esos otros miles?", se pregunta.

Con la perspectiva que dan más de cincuenta años de dedicación a la materia, Eugenio González aprecia hoy indudables mejoras materiales y profesionales. Pero desgraciadamente, el problema, o la gran dificultad de fondo, sigue plenamente vigente: "Por desgracia, sigue ocurriendo. Lo tengo que decir: hoy la sociedad lo que sigue haciendo es quitárselos de encima. Hay más medios, hay más gente... Entonces eramos cuatro chiflados los que se ocupaban de esta situación, y hoy sí que hay cientos de educadores que se han formado para hacer un trabajo con los menores. Pero hay que seguir trabajando y reivindicar que haya un gran cambio en la sociedad".

Formación y preparación de los profesionales: el caballo de batalla de Eugenio, su objetivo y motivación: "Yo siempre digo que con buena voluntad, hemos cometido en el campo de los menores muchísimos errores. Cientos de ellos. Hay que tener

la cabeza bien armada, preparada, buena voluntad, mucho corazón... pero estar muy formado. Porque cuando les hablas con el corazón a los jóvenes, no es suficiente", explica, insistiendo en que "tener la cabeza en su sitio" pasa por tener los conocimientos y habilidades adecuadas.

Un problema con el que debe saber lidiar cualquier institución que se sirva de voluntarios, y que en tiempos en que los medios profesionales eran más precarios, y la problemática menos visible, podía provocar efectos contraproducentes. "Encontramos muchísimos voluntarios que quieren venir a trabajar: 'Mañana mismo', te dicen. Y yo les digo: 'Estupendo, pero ¿te has formado? ¿estás concienciado? ¿Sabes qué vas a hacer ahí?' Sacar a los chavales a pasear de una forma tonta no sirve... Hay que hacerlo con un proyecto educativo, estructurado, pensado. Entonces el trabajo es radicalmente distinto".

El maestro descubrió que la mejor de las voluntades no era suficiente, y aprendió: "Veía que siendo maestro, me faltaba formación y capacidad para interpretar y entender situaciones, para, en definitiva, echar una mano. Así que pasé a estudiar, a formarme". Una suerte de revelación que tuvo años más tarde. Antes, desde Orense "me fui a Palma de Mallorca y estuve unos tres años en la institución Nazaret, con niños en situación de desamparo, con problemas familiares, pero no en situación de conflicto social, es decir, sin problemas con la justicia". De allí "pasé a la Casa del Salvador de Amurrio, Álava, donde sí trabajé con menores en conflicto de las provincias de Álava y Vizcaya, durante otros tres años".

Eugenio se matricula en Comunes (dos años de estudios de Letras que necesitaba realizar para poder matricularse en Psicología, su objetivo entonces) en la Universidad de Deusto (Bilbao), al tiempo que es nombrado Delegado de Libertad Vigilada del Reformatorio del Tribunal Tutelar de Menores de Vizcaya. Se dedicará a visitar a los menores, tras su paso por el reformatorio, en sus domicilios. También visitará a muchos que pasaron por allí y continuaron con aquel ciclo infernal, ingresando poco después en la cárcel bilbaína de Basauri.

Este trabajo le permite obtener una visión en toda su complejidad de la problemática de los menores: "Comprobé que lo que hacíamos en los centros, si no estaba en contacto con la sociedad, servía de muy poco. En los centros podías hacer milagros en la conducta de los menores, o eso parecía, pero cuando salían a la calle, se encontraban con la vida misma: la prostituta de la esquina seguía siendo su madre, y el drogadicto o el alcohólico, su padre. Había que hacer algo más que meterlos en un internado y luego soltarlos".

## REFORMATORIO

La ocasión se presentó como por casualidad, en el momento adecuado. Eugenio deseaba trasladarse a Madrid para poder estudiar Psicología, pero "no tenía medios". Podría trabajar como maestro, pero ¿qué hacer durante los meses en que la Administración tardara en asignarle una plaza en Madrid, cuando el curso estaba a punto de empezar? Afortunadamente a través de un conocido de Burgos entró en contacto con el Reformatorio del Sagrado Corazón de Jesús, donde sería maestro por las mañanas y educador por las tardes. No había sueldo, pero tenía garantizada cama y comida. Finalmente, "en febrero me nombraron como maestro interino, y por fin tenía un sueldo. Yo elegí quedarme trabajando como maestro y educador en el reformatorio".

En esta institución pasó trece años. "Estuve todo el tiempo interno, trabajando allí y conviviendo con los niños". Los tres primeros años compaginó su trabajo con los estudios de Psicología: "De nueve a dos era maestro, y luego me convertía en educador. Entremedias, iba a la universidad. Terminaba de trabajar a las diez de la noche, y me ponía a estudiar. Me acostaba a las cinco de la mañana, y a las ocho y media estaba ya levantado", recuerda. Entre tanto, aún encontró tiempo para sacar una oposición como profesor y otra como director de autoescuela, para asistir a cursos y para hacer "cincuenta mil historias más".

En el reformatorio, situado donde hoy se encuentra la comisaría de Carabanchel de la calle Padre Amigo, Eugenio desarrollaba un trabajo que colmaba sus expectativas laborales y vitales. Una vez licenciado en Psicología obtuvo la plaza fija de maestro, pero se mantuvo en régimen de "comisión de servicio" para continuar en el reformatorio. Además, le llegaron algunas propuestas para trabajar en la universidad como profesor adjunto. Nada de esto le interesó: "Podía haber dejado el internado, pero como me gustaba tanto lo que estaba haciendo, me quedé como maestro-educador".

Un trabajo que se antoja durísimo desde el punto de vista emocional: "Allí llegaban parricidas, llegaban violadores... niños y adolescentes con muchísimos problemas". Menores con graves problemas, pero que no son el problema en sí. Una frase de

Luis Amigó, sacerdote capuchino cuya obra inspiró la creación de la Fundación Amigó, con la que Eugenio colabora en la actualidad, que le gusta repetir: "Tienen problemas, pero no son el problema".

"Hay que aceptarlos tal y como son". Significa que "lo que han hecho lo han hecho, aunque no nos guste, aunque sea terrible. Puedes encontrarte un adolescente que ha matado a su padre, que ha violado. Ésa y no otra es la persona que tienes delante". Aceptar este hecho, y trabajar a partir de ahí: "Debemos llevarles a dónde creemos que deben llegar, a reintegrarlos en la sociedad. Pero lo que nunca se debe hacer es inventarnos otro niño, porque entonces todo lo que le podamos enseñar no le va a servir, van a ser enseñanzas que no tienen nada que ver con su vida, que no le van a ayudar".

Una segunda oportunidad: "Hay que darles la oportunidad de ser los niños o adolescentes que en realidad son. Hay que permitirles comportarse como tal". Para ello, lo fundamental es "convencerles de que son personas con muchos valores. Los tienen, lo que pasa es que están escondidos, tapados por la porquería que les ha rodeado. Como creyente, para mí son hijos de Dios. Personas dignas de ser queridas y respetadas. Cuando el niño o el adolescente se convence de esto, empiezan a respetarse a sí mismos, y a hacerse respetar. Ya estamos en el camino correcto, esa persona se podría *resocializar*". A este respecto, el trabajo en un reformatorio es vencer innumerables miedos, resistencias, traumas. Empezando por el estigma del *niño conflictivo*: "Ellos llevan la vida oyendo que son malos, que se portan mal. Te acaban diciendo: 'Conmigo ni lo intentes, no voy a cambiar'. Es algo que tienen grabado. Pero la terapia comienza en hacerles creer que son sujetos dignos de ser queridos y con valores".

Para Eugenio, la situación en el reformatorio cambió a partir de 1985: "tras un cambio político" acabaría dejando el centro al que dedicó trece años de su vida. Entre las nuevas directrices que llegaron, hubo algunas que considera "un acierto", como "cerrar las escuelas en los reformatorios y mandar a los chicos a los colegios e institutos del barrio". "Eso sí" -matiza-, "lo que suele ocurrir, y lo digo con muchísimo respeto, en las escuelas primarias y secundarias, es que no hay una política de integración de estos muchachos por parte de algunos maestros. En la práctica se acaban juntando entre ellos y acaban viviendo su problemática solos, en lugar de integrarse".

Pero lo que motivó su salida del reformatorio fue otro tema bien distinto: "La jefa nos decía que cuando un muchacho se portaba mal, le teníamos que echar de clase, y luego dejar que se escapara del centro. Lo que quería era librarse de los más conflictivos, aunque fueran a ir directos a la cárcel. Aquello no tenía ningún sentido para mí, pues aquellos muchachos más conflictivos eran justo los que más nos necesitaban. Con ese planteamiento, yo sobraba".



## EL MULTIPLICADOR

Una vez más, una casualidad providencial: "Estando en el reformatorio, no se por qué, alguien a quien no conocía me comentó: 'Oye, ¿tú no eres psicólogo y doctor en Psicología? Porque resulta que pasé el otro día por el Rectorado de la Universidad y vi que anunciaban una plaza de Psicólogo con experiencia en Educación Especial'. Me quedé pensando: 'Hombre, soy doctor en Psicología, que es lo que piden, y en Educación Especial tengo bastante experiencia, porque es mi especialidad y es lo que he hecho toda mi vida. 'También piden tener alguna publicación'. 'Pues sí que tengo varios libros, me parece que debo ser yo al que buscan...".

Y así era. Por pura coincidencia, Eugenio entró a trabajar en la Universidad Complutense de Madrid para formar a futuros profesionales en el campo de las Necesidades Educativas Especiales. Un puesto que parecía hecho a medida para él: "Me presenté en las oficinas de la Universidad, en Islas Filipinas. La subdirectora, que era quien decidía a quien dar el puesto, estaba dando clase, y recuerdo que la portera me dijo: 'No se vaya, que se va a llevar la plaza'. Después de hora y pico esperando, finalmente llegó la subdirectora, y le pude explicar que era maestro en Educación Especial, doctor en Psicología y que tenía algunos libros publicados sobre la materia. Rápidamente me dijo: "Creo que esta plaza es para tí".

Veinticuatro años ha estado Eugenio González trabajando en la universidad, formando a miles de nuevos profesionales en el campo en que él mismo desarrolló su carrera: los menores en situación de conflicto. "Básicamente de lo que me he ocupado es de formar a futuros profesores, maestros, sociólogos y pedagogos en el campo de la Educación Especial. Este campo abarca problemas de conducta, pero también la educación en casos de autismo, down o parálisis cerebrales". A los futuros educadores Eugenio ha tratado de transmitirles "el cariño, la cercanía y la convicción de que tenían que trabajar sobre todo los problemas de conducta, lo que ha sido y sigue siendo mi principal argumento".

De repente, sin habérselo propuesto y sin haber tenido la ambición de realizar un tipo de trabajo como éste, Eugenio se encontró con la posibilidad de, en cierto

modo, *multiplicar* el trabajo que él mismo había venido realizando, a través de otros profesionales: "Ya no era trabajar yo, sino que iban a salir cada año cien educadores a los que había podido transmitir mis inquietudes".

Así ha sido: "Hay miles de educadores por toda España capaces de atender de forma específica los problemas de conducta. Para trabajar de forma más específica con menores en riesgo de exclusión, desamparo o conflicto, cree un máster en la Universidad". Unos estudios específicos en Intervención Psicopedagógica con menores en Desamparo o Conflicto Social, en los que se ha formado "de forma intensiva, constante y seria" a todos estos futuros profesionales venidos de distintas carreras: "médicos, periodistas, abogados, psicólogos...".

Dentro de su intensa actividad académica, ha publicado una docena de libros sobre su especialidad, textos de referencia obligada para cualquiera que se acerque al tema. Pese a ser textos muy especializados, Eugenio González no olvidó en ningún momento por qué los escribió, cuál debía ser su función, y de qué manera servirían mejor a su objetivo último: "En los libros no empleo un lenguaje académico que no se entienda. Lo podría hacer, pero no he querido". De hecho, "por las noches me quedaba escribiendo de corrido, y a la mañana siguiente revisaba los textos y los *traducía* a lenguaje popular. He querido que se entiendan bien, que estén al alcance de cualquiera, aunque tengan mucho contenido científico. Si sólo son cuatro los que te entienden, no ayudas al bien común".

Ese bien común que, en este caso, son los menores: "Yo quiero que lo que digo en estos libros se pueda poner en práctica, que ayude de verdad a estos niños. El lenguaje academicista es artificial. Sí, yo puedo dar una charla y utilizar palabras muy técnicas, pero ¿cuántos me van a entender? ¿Y de qué sirve que me entiendan sólo unos pocos?". Se trata, ni más ni menos, de "poner la investigación al nivel de la gente". Queda bien claro desde la dedicatoria de una de sus publicaciones, *El trabajador social en los servicios de apoyo a la educación*, del que son coautoras sus dos María Jesús, su mujer y su hermana: "A todos los niños y adolescentes que puedan beneficiarse con el apoyo educativo del Trabajador Social".

La doble identidad de Eugenio González: "Cuando me pongo la corbata, y suelto mi rollo, noto que me transformo; soy docente y formo a futuros educadores. Pero luego también soy un tío de pueblo, que ha trabajado en el campo, con los animales, que siempre ha hablado con todo el mundo sin importarle quién es o de dónde viene cada uno, y que, sobre todo, ha querido dar voz a los que no la tienen, los menores".

## GENTE NORMAL Y CORRIENTE

En 2010 se jubiló de su plaza en la universidad. ¿Y ahora, qué hace? Eugenio se ríe: "Si ahora tuviera que dar clase no tendría tiempo. Colaboro en la Ciudad Escuela Muchachos (CEMU) de Leganés, con la Fundación Amigó, que atiende a dos mil y pico niños en toda España, con la Fundación Semilla, con el Servicio de Orientación y Formación para Empleo de Cáritas ubicado en Hermandades del Trabajo... Ayer mismo estuve pasando la tarde con gente que entraron por allí a buscar trabajo. También hago un trabajo bastante intenso en el Centro de Estudios Sociales de Cáritas, escuela de formación de Madrid y en el Centro de Educación de Menores en la calle Inmaculada Concepción", explica.

Debido a su bagaje universitario, "me resulta fácil contactar con las universidades: estamos consiguiendo que, para los alumnos universitarios que hacen cursos en Cáritas, sus universidades les reconozcan tres créditos por el curso que hacen en esta institución, y estamos ampliando los alumnos de universidades que quieren hacer prácticas en los centros de menores de la organización". Otra entidad con la que colabora con asiduidad es la Fundación Santa Rita, que "fiel a su ideología, recibe a los que dan problemas en otros centros". Allí "los recuperamos y los devolvemos a la sociedad, etc..".

Sigue con la idea fija con la que entró en la universidad: "Yo quiero extender mi labor. Quiero mentalizar a la sociedad de que estas criaturas tienen problemas. Quiero extender esta preocupación". La edad supone ciertas limitaciones, así que Eugenio ha ido adaptando su contribución en el campo de los menores: "Mi trabajo ahora no puede ser trabajar en un centro, como hice en su día. No puedo llevar niños de catorce o quince años, no tengo ya las facultades físicas y la flexibilidad mental de entonces, pero tengo la experiencia y la capacidad para concienciar y formar a la sociedad".

Por ello atiende también habitualmente la llamada de medios de comunicación, participa en tertulias y trata de aprovechar la visibilidad que haya podido darle su prestigio como profesor: "Voy a televisiones, radios, periódicos...". En ocasiones, ya fuera en intervenciones o debates públicos, o en conversaciones privadas con políticos, se ha ganado algunas enemistades: "Parte de lo que yo hago significa,

también, denunciar a los partidos políticos. Lo digo así, y lo siento. Me han dado muchos palos por cosas que he dicho en los medios, me han llamado políticos quejándose de que les había denunciado, y les he dicho: 'Claro, te dije que lo haría, y lo he hecho'. Incluso ha recibido alguna propuesta económica por no airear o no seguir insistiendo en ciertos temas. Por supuesto "no me pueden comprar ni con todo el dinero del mundo".

Nadie podría dudar de la necesidad de recuperar a los menores en situación de abandono, de exclusión. Nadie puede dejar de conmoverse ante los dramas sucedidos en la infancia, la etapa de formación del ser humano, en la que éste es más vulnerable, y en la que una experiencia traumática puede condicionar el resto de la vida de una persona que aún no ha podido tomar sus propias elecciones. Nadie dudaría en destinar todos los medios necesarios para corregir situaciones intolerables que tienen al niño como víctima. Sin embargo, ¿es eso lo que estamos haciendo? ¿está la sociedad en la que vivimos realmente haciendo lo que debe en este tema?

Es la gran pregunta. Una cuestión recurrente que a Eugenio le plantean muchas veces: "¿Hemos avanzado desde el cincuenta y pico cuando yo empecé? Muchísimo. Entonces eramos cuatro chiflados los que nos dedicábamos a esto, hoy son miles y gente bien formada. Pero el campo del menor sigue estando muy abandonado: si en una familia, para dos o tres niños, suele haber dos padres, en un grupo de treinta niños, ¿cómo puede haber sólo un profesional por la mañana y otro por la tarde?", se pregunta. "Una persona sola no puede manejar, y mucho menos educar, a tantos chavales. Hay que hacer muchísimo más de lo que estamos haciendo".

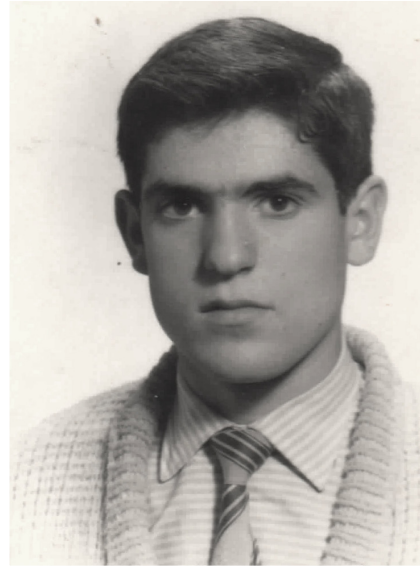
Se va avanzando con iniciativas nuevas, o con otras antiguas pero que cuya implantación se ha extendido, como la idea de los pisos funcionales, iniciada por el Padre Ángel en los años 60: pisos en los que viven varios menores al cuidado de dos educadores que ejercen de padres, reproduciendo un modelo familiar: "Si hay varios hermanos, no se les separa como en los centros, sino que viven juntos, van al colegio del barrio y tienen una vida normalizada". Pasos en la buena dirección, a la espera del gran cambio, una concienciación real y activa de la sociedad en este campo.

La utopía con que sueña Eugenio es que todos estos menores escapen del futuro al que parecen predestinados. "Lo que pretendemos es que tengan su oficio, que sean padres de familia -o solteros, eso da igual-, pero en fin, que no sean clientes de la droga, que no sean delincuentes, que no sean prostitutas, que no acaben en la cárcel. Gente normal y corriente, ni más ni menos". Tan sencillo, y tan complicado. Esboza una sonrisa: "Sé que soy utópico, sé que soy idealista, pero algo voy consiguiendo".





## *Eugenio González*



Eugenio (a la derecha) con un primo



En Palacios de Riopisuerga, durante la trilla, con diecisiete años





En Burgos, sexto de Bachiller. Eugenio, arriba a la izquierda



En la escuela de Magisterio en Burgos



De acampada, con unos veinte años





Equipo de futbol, estudiante de Magisterio, Burgos



Con el grupo de teatro en un centro escolar de Santurce



Alumnos de cuarto de Bachiller en Burgos, Eugenio es el que está agachado a la derecha



En el pueblo, con la familia

Eugenio González González

Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad Complutense de Madrid, Salon de Actos o Aula Magna "Pablo Montesinos", presentando el Curso de Experto Universitario, del que era Director

Eugenio González González



Eugenio con sus alumnos, en el Centro de Reforma (Reformatorio) de Madrid

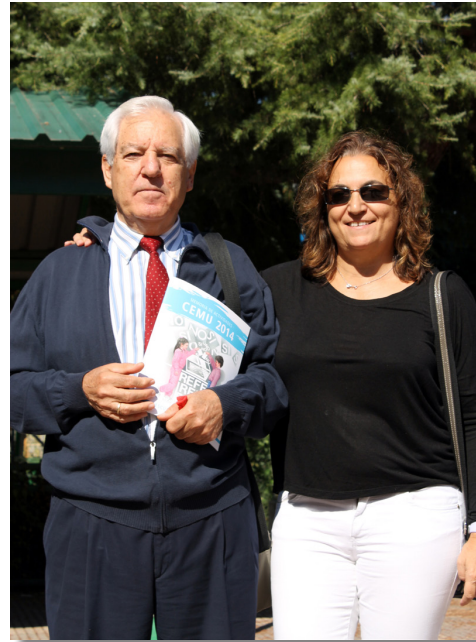


Con más alumnos





Eugenio González González



Eugenio con Maia Ordóñez







Eugenio González González

Mural pintado por tío Alberto en la capilla de " la ciudad de los muchachos"



María Jesús, su esposa, y Eugenio en la Ciudad de los muchachos.  
Arriba con sus hijos y nietos



# "SOLO DE SAXO"

*Pedro Iturralde*

1. *El ensayo*
2. *Falces*
3. *La banda y la orquestina de baile*
4. *Ni molinero ni panadero*
5. *Luces de neón*
6. *La Gran Vía de los músicos*
7. *'To Psilos'*
8. *Whisky, jazz y humo*
9. *Jazz flamenco*
10. *Cátedra*
11. *Fotografías*





## EL ENSAYO

Saludos, bromas, conversaciones que se cruzan. Se estrujan manos, se palmean espaldas y se habla sobre ésto y aquello entre el humo de los pitillos y voces entremezcladas. Los hombres van colocando los atriles frente al hijo del molinero, que los observa, en silencio. A continuación, vienen hasta este lado de la sala, donde dejaron al entrar, apoyadas en la pared, todas estas fundas de formas tan curiosas y distintas entre sí.

Guitarra, violín, acordeón, trompeta... El muchacho va poniendo nombre a cada instrumento según cada uno de los hombres lo va sacando de su funda. Observa cómo su padre se saca de la boca la caña de madera, humedecida, y la coloca sobre la boquilla, que cierra con la abrazadera. Con un fuerte soplado, obtiene un sonido estridente, que parece satisfacerle, y saca de la funda, a sus pies, el cuerpo dorado del instrumento.

Enrosca el tudel en el cuerpo, procurando que quede en línea con el resto, y luego coloca la boquilla: "más o menos hasta la mitad del corcho", según le explicó no hace mucho. Introduce su cabeza en el cordón, y engancha el extremo de éste, que queda a la altura del pecho, en la arandela de metal. Le guiña un ojo y a continuación sopla una nota que suena como la sirena de un barco. El saxofón tenor ya está preparado.

Como si la nota-barco hubiera sido una señal que el resto de músicos estuvieran esperando, de pronto la sala se ha convertido en una jaula de grillos: pitidos, chirridos, golpes, sin orden ni concierto, nunca mejor dicho. Los músicos calientan y afinan durante unos minutos de absoluto y ensordecedor caos, que poco a poco se va mitigando hasta quedar la sala en completo silencio.

Cada uno de los hombres ocupa su lugar frente al hijo del molinero, único espectador del ensayo, y fija la vista en el papel que tiene delante, sobre el atril. Unos segundos después, el director de la banda municipal de Falces comienza a chasquear los dedos a un ritmo uniforme, y marca la entrada: "un, dos, tres, un, dos tres". Suena la música.

Los observa tocar: es una pieza que nunca había oído. Se fija en los rostros concentrados de los músicos, en sus manos diestras arrancando a los instrumentos las notas que leen al vuelo en la partitura. Piensa a continuación en las clases de solfeo que recibió el verano pasado: aquello era incomprensible, un absoluto aburrimiento. Lo mismo que acompañar a su padre a otro ensayo más de la banda, cuando podría estar ahora mismo por ahí, al aire libre, haciendo cualquier otra cosa...

Se resigna y vuelve al aquí y ahora: la vieja academia de música de Falces, el ensayo de la banda, su padre soplando el saxofón tenor -que se oye pero no se oye, se distingue su timbre, pero se diluye en el sonido de la orquesta, como una parte del todo que es la pieza-, en la música que fluye como su mano golpeando sobre su muslo, "un, dos, tres, un, dos, tres", en la repetición del tema y en la súbita aparición, en primer plano, del timbre metálico del saxofón alto, que interpreta un solo.

Un saxo como el de su padre pero más pequeño, nasal, agudo y brillante. El hombre que lo toca mueve ligeramente su cuerpo al ritmo de la música y sopla cada nota, sin saberlo, sólo para el muchacho, que lo mira y lo escucha como nunca hasta entonces vio o escuchó nada. Menos de un minuto y el solo se va apagando, o quizás es que se ha iluminado otra vez el resto de la banda, la banda que envuelve y engulle al solista y lo pone de nuevo en su lugar, lo hace volver al redil después de su pequeña aventura en solitario, y ya la música sigue avanzando como si nada hubiera ocurrido.

El muchacho vuelve a casa con su padre, después del ensayo. Cuando llegan a la fábrica de harinas, sustento y hogar de toda la familia, anuncia a sus padres que quiere aprender a tocar el saxofón. "Pero si la música no te gustaba". Bueno, pues ahora sí. Pedro Iturralde, el hijo del molinero, recuerda bien cómo descubrió su vocación: "Muchas veces me han preguntado cuándo decidí empezar a tocar. Yo tengo claro que fue en aquel momento, cuando escuché aquel solo de saxo alto en el ensayo de la banda del pueblo". Fue ya entonces cuando decidió que sería músico.

## FALCES

Falces, Navarra: a unos sesenta kilómetros de Pamplona, y a distancia parecida de Tudela, Estella o Logroño. Hoy, unos 2.500 habitantes. En Falces, a orillas del río Arga, nació Pedro Iturralde en el año 1929. Sin embargo, su familia estaba instalada en una aldea cercana a Miranda de Arga: "Mi padre tenía allí un molino de piedra. Estuvimos hasta que yo tenía cuatro años, y entonces volvimos a Falces".

La primera infancia de Iturralde no fue sencilla. Aunque sólo tuviera unos cuatro años, "aquel cambio no fue fácil, tuve muchos problemas a raíz de volver a Falces. Donde vivíamos antes, aquello era un paraíso terrenal: no había casi gente y había árboles, el río, la presa...". En cambio, al año siguiente del traslado, el pequeño Pedro cayó enfermo: "Me diagnosticaron bronconeumonía. Yo pienso que en realidad estaba deprimido, pero entonces ni se sabía qué era una depresión. Estuve muy mal, porque entonces no había penicilina, y me trataron con sulfamida, que te rebaja la sangre".

Todo eran problemas -o así lo parece- en aquel Falces de los años 30: "Cuando me curé, empecé a ir a la escuela, que estaba a cierta distancia de nuestra fábrica de harinas. Tenía que andar varios kilómetros al día y aquello me sentó mal". Aquel trayecto que tantas veces hizo, de niño, para llegar hasta la escuela, pasaba por una calle que hoy lleva su nombre: la calle Don Pedro Iturralde, en el centro de la localidad que en 1995 le nombró Hijo Predilecto.

Como ya se ha explicado, a edad muy temprana sus padres lo llevaron a estudiar solfeo: "Aquello no me gustó nada, no me enteré de nada". Un primer contacto con la música ciertamente frustrante, que se remediaba al año siguiente, como sabemos, por culpa de un solo del saxofón que escuchó en un ensayo de la banda municipal, en la que su padre tocaba el saxo tenor, y al que Pedro acompañaba ocasionalmente.

Pese a su pequeño tamaño, Falces es desde la Edad Media una población con una gran tradición musical. En el libro *Pinceladas de la Historia de Falces*, de José María Sanz Suescun, el autor se remonta hasta el siglo XIV, en el que ya se establece en Falces la existencia un maestro de capilla encargado de la enseñanza musical en el pueblo; un puesto que irán ocupando distintos “maestros capellanos” hasta el siglo XX. Así, se llega a 1925 con la existencia de dos bandas municipales, que luego se fundirían en una, y que tenían unas treinta actuaciones cada año.

En la citada obra se reproduce una curiosa petición, conservada en el Archivo General de Navarra, cursada por los vecinos de la localidad al alcalde en 1929, en la que se solicitaba “la construcción de un Kiosco en medio de la Plaza de los Fueros”. Dicho kiosco, “además de hermosear” la plaza, se solicitaba para evitar “la aglomeración de público que cercando el conjunto de la Banda, impide a ésta el desarrollar la interpretación exacta de las piezas musicales que ejecutan”, además de permitir “que el instrumental pueda oírse en toda su integridad”. Efectivamente, poco después acabará instalándose en la plaza un kiosco móvil, en el que Pedro Iturralde, junto con el resto de la banda municipal, actuaría infinidad de veces durante su juventud.

Desde que su padre tocara el saxofón, el apellido Iturralde quedará unido para siempre a la banda municipal de Falces: ya en los años 60, su hermano Javier (clarinetista) dirigirá el conjunto, y años después, será el hermano gemelo de Javier, Manuel Iturralde, quien recuperará la banda, ya no municipal (pues debido a la escasez presupuestaria en el ayuntamiento ésta sería suprimida, sino como grupo financiado por algunos vecinos para llenar el vacío dejado por la extinta banda del pueblo. Finalmente, en 2000 la banda municipal sería recuperada bajo la dirección de Ramón García.

Pedro Iturralde entró en la banda con diez años. Un año antes, empezó a practicar con el saxo tenor, y poco después también con el clarinete. “Primero había que hacer, obligados, dos cursos de solfeo antes de tocar nada. Después ya te daban la boquilla, para hacer un poco de embocadura, y ya por fin, el instrumento”. Durante este primer aprendizaje, hay otro día que tiene grabado en su memoria: “Mi padre me llamó a su despacho en la fábrica de harinas, y me colocó el cordón y el saxo tenor. Me explicó cómo se tocaban las notas. Decía: ‘esto es un do, esto es un si...’. Ese día nunca se me olvidará, porque para mí, en aquel entonces, la música fue una salvación física y psíquica”.

## LA BANDA Y LA ORQUESTINA DE BAILE

“Yo tengo formación clásica”, explica Iturralde, cuyo nombre está indudablemente asociado al jazz, siendo uno de los poquísimos “pioneros” que cualquier aficionado a esta música podría citar como *jazzistas* españoles con una obra trascendente. En España llegó a haber una pequeña escena de música *swing* en los años 30 cuyo epicentro se situó en Barcelona, donde se creó el mítico Hot Club Barcelonés en 1934. Sin embargo, y como en otros campos artísticos -y más tratándose de uno que nunca llegó a ser mayoritario- todo aquello quedó completamente olvidado tras el estallido de la Guerra Civil.

A finales de los años 50 es cuando surgen unos pocos músicos españoles que obrarán el milagro de posicionar nuestro país en el mapa musical del jazz: fundamentalmente, además del propio Iturralde, el inconmensurable pianista Tete Montoliú y, aunque con reconocimiento menor y más a escala nacional, grandes músicos como el saxofonista Vlady Bas (que ostenta el raro honor de haber sido el único español que ha tocado con Louis Armstrong), el baterista Enrique Llácer “Regolí”, o el pianista Juan Carlos Calderón.

Hasta entonces, apenas una frase como una losa, cuyo eco sigue resonando hasta hoy: “España es un desierto para el jazz”. La escribió el británico Leonard Feather -posiblemente el crítico musical más prestigioso del estilo- en su *Enciclopedia del Jazz*. En los 60, Feather escribiría unas líneas tras escuchar al combo de Iturralde presentando *Jazz Flamenco* en el Festival de Jazz de Berlín: “Es una fusión étnica bien concebida e interpretada con imaginación”. A Iturralde, lo calificó como “líder de los saxofonistas españoles”.

“En la banda al principio tocaba con mi padre. Se tocaba para baile, en verano, las canciones populares del momento. En invierno tocábamos cada domingo conciertos en el kiosco móvil, que se ponía en un rincón de la Plaza Mayor, junto al bar El Oro. Tocábamos conciertos clásicos, algunos de ellos técnicamente difíciles”. A la música clásica siempre volverá a lo largo de su carrera, por más que Iturralde se aventure en terrenos *jazzísticos* o de música popular.

Iturralde empezará a tocar fuera de Falces tras una actuación en la radio, cantando y acompañándose con una guitarra, instrumento que también había empezado a estudiar. "Muy pronto me hice famoso en toda Navarra, y era algo así como un niño prodigio, con unos trece años. Me llamaban para tocar en todos los pueblos". Hacia 1944, contando quince años y ya poseedor de una indiscutible destreza con el saxofón, entra a tocar en una "orquestina" (así la denomina Iturralde) dirigida por el pianista Francisco Manuel Allo.

Allo había nacido en Falces, pero se había criado en Argentina: "Cuando se vino, antes de la guerra, trajo discos de jazz. Tenía una habitación llena de discos editados por Chapel en América. Allí fue donde escuché por primera vez a Louis Armstrong, a Duke Ellington, o a Coleman Hawkins". "Tuve la suerte de descubrir el jazz en mi pueblo", resume. Aquellas escuchas impactaron a Iturralde, particularmente "aquel sonido de saxofón que no tenía nada que ver con el clásico". Un sonido con una libertad y expresividad que sin duda poseían solistas como Cole (el sobrenombre por el que en el mundo del jazz se conoce a Coleman Hawkins, y que también utiliza Iturralde para referirse a él), capaz de sonar tan melancólico y soñador en las baladas como pletórico y agresivo en las piezas rápidas.

Allo y sus boys, así se llamaba la "orquestina", interpretaba en directo algunas piezas de jazz, que se añaden a la nómina de tangos y canciones de moda que solían ofrecer: "Tocábamos cosas que no tenía ninguna banda de por allí en el repertorio: temas de Duke Ellington, ritmos de boogie-woogie... Los escuchábamos en casa del pianista y luego ensayábamos toda la semana para tocar los domingos y festivos en el salón de baile Romeo". Un jazz *fácil* y popular, aún sin la aureola elitista e intelectual que más tarde tendría a raíz de la evolución y sofisticación del estilo: "En realidad, en los años 40 se bailaba jazz también en España, aunque nadie lo llamaba así". Unas pocas piezas de aquel jazz primitivo desarrollado en Nueva Orleans en los años 20, concebido como música de baile, habían quedado ya en Europa incorporadas a los repertorios de las orquestas.

Batería, bajo, piano, trompeta, trombón y saxo tenor. Con esta formación se presentaba Allo y sus boys. Iturralde tocaba también algunas piezas con el clarinete, instrumento con el que recuerda haber improvisado un solo por primera vez: "Un día en uno de aquellos bailes, recuerdo que empecé a improvisar de forma modal en una rumba, sorprendiendo al público y a los músicos". Iturralde también había podido escuchar por entonces algunos discos de New Orleans y Dixieland, así como a los clarinetistas Benny Goodman y Artie Shaw.

## NI MOLINERO, NI PANADERO

Contando apenas trece años, ya tenemos a Iturralde de un lado para otro, girando con distintos conjuntos y tocando saxofón, clarinete y guitarra: "Me llamaban músicos para tocar en toda Navarra". Entre ellos "un dúo de Carcastillo, que actuaba en todos los pueblos del norte de Navarra". Este grupo tenía una ventaja sobre otros conjuntos: "Uno de ellos era el taxista del pueblo, y claro, podíamos ir a todas partes porque teníamos coche propio, o sea, el taxi".

Unos tiempos en los que, pese a la escasez de los últimos años de la posguerra, la música tenía un papel fundamental en las celebraciones locales: "En las fiestas teníamos que tocar para baile después de comer, en la sesión concierto. Ahora esto se ha perdido. Ya no hay músicos jóvenes que toquen piezas clásicas o zarzuelas, y la gente mayor echa de menos aquella sesión concierto, que además era un reto para la orquesta".

La precoz carrera musical de aquel joven Iturralde contó con el apoyo de su madre -"ella me ayudó siempre"-, pero, curiosamente, con la reticencia inicial de su padre, pese a que como sabemos era músico, aunque no profesional: "Mi padre era un músico excelente. De jazz y todo eso no entendía nada, pero era un músico clásico muy bueno. Tocaba con buen sonido, con gusto, con expresión... Enseguida vio que yo no iba a ser ni molinero, ni panadero ni nada parecido, y lo que me dijo es que la música era para tocar en la banda, pero no una profesión. Él pensaba que no se podía vivir de ello". Claro que "yo ya era muy cabezota, muy navarro, digamos, y lo que pensaba entonces era: 'Voy a demostrarle que sí se puede vivir de esto'".

Curiosamente, serían sus hermanos, los gemelos Javier y Manuel, nacidos doce años después de Pedro, quienes sí andarían en cierto modo los caminos que éste decidió no seguir: Manuel -también músico- se haría cargo muchos años después de la fábrica de harinas, y Javier desarrollaría una importante carrera musical siempre ceñida a la "ortodoxia" de la música clásica. Tristemente, Javier Iturralde "falleció, como músico, clarinetista y compositor, en Madrid, en noviembre de 2006", explica su hermano Pedro Iturralde.



A los dieciséis años de edad, Iturralde recibe la oferta de un contrato profesional de temporada en la ciudad Logroño: "Me hablaron de un contrato para el Café Comercio, bajo la dirección de Tomás Fernández Iruretagoyena". Iruretagoyena "era un pianista clásico estupendo, profesor de armonía, compositor... En realidad había dirigido siempre un cuarteto de cuerda, pero para el café le habían pedido que incluyera trompeta y saxofón, para ir como más a la moda. Allí aprendí muchísimo estudié violín, y también piano". Al año siguiente "hice el mismo trabajo con Don Tomás Fernández Iruretagoyena en la ciudad de Burgos".

Fue poco después de la experiencia en Logroño, cuando a Iturralde se le presentó una gran oportunidad: "Vino a tocar al pueblo, en verano, un cantante catalán cuyo nombre artístico era Mario Rossi. Venía de Barcelona con su pianista y su trompetista, pero necesitaban más músicos. Recuerdo que me examinó el pianista, me puso una partitura muy difícil, que tenía que tocar a primera vista. Me contrataron". Aquel contrato era para salir de España: "En noviembre, nos íbamos a Lisboa, y luego el plan era seguir una tournée que no sabíamos a dónde nos podía llevar. Y así fue: después de Lisboa, seguimos tocando en todo el norte de África: Tánger, Casablanca, Rabat, Orán, Argel y Túnez".

*Pedro Iturralde*

## LUCES DE NEÓN

En Lisboa, la orquesta en la que trabaja Iturralde actúa regularmente en Arcadia, "un cabaret tremendo al que llevaban artistas de todo el mundo". Iturralde se sumerge en el ambiente de la ciudad. Visita las tabernas para escuchar fados: "Tuve la suerte de escuchar por ejemplo a Amalia Rodríguez". Aprendió a hablar portugués y descubrió la que ha sido una de las grandes pasiones de su vida: el aprendizaje de otros idiomas. Fruto de sus muchos y largos viajes, de su vocacional interés y de su dedicación al estudio de la gramática y las reglas de pronunciación, Iturralde es un verdadero políglota, capaz de comunicarse con soltura en francés (idioma que domina casi al nivel del castellano), inglés, portugués, italiano y griego. Además, tiene nociones de turco, árabe, japonés o euskera.

Resulta en este punto interesante relacionar este interés por el estudio de las lenguas y de las particularidades culturales de diversos países, con su ecléctica obra musical: como intérprete y como compositor, Iturralde ha profundizado, ya sea desde una perspectiva clásica o jazzística, en distintas músicas folklóricas, lo que sugiere una suerte de interés global por el *lenguaje* como forma de comunicación, que lógicamente ha tenido un reflejo claro en su carrera musical, pero que ni mucho menos se restringe sólo al ámbito de la música.

La capital lusa, en aquel entonces, era bien distinta a España: "Llegar a Lisboa, cuando aquí estábamos en pleno racionamiento, sin luz, sin nada, era deslumbrante, todo luces de neón, coches americanos, discos de lo que quisieras", cuenta Iturralde en una entrevista publicada en Cuadernos de Jazz (nº 25, octubre de 1994).

Desde Lisboa, la orquesta viaja unos meses después a Tánger. La Tánger de la *Interzona*: el extraño y único régimen de condominio internacional que las principales potencias coloniales europeas, junto con Estados Unidos, establecieron para administrar la ciudad entre 1925 y 1956. Un régimen político que dio lugar a un ambiente libertario y mestizo que plasmaron en sus textos autores como Paul Bowles, Truman Capote, Tennessee Williams, William Burroughs, Allen Ginsberg o Jack Kerouac.

A esta Tánger romántica, fronteriza y cosmopolita, centro de las intrigas mundiales, es a la que llegó Pedro Iturralde hacia 1949 para actuar en sus más célebres y lujosos salones de baile, en lo que él denomina "el buen Marruecos" (en contraposición a esa otra cara, sórdida y empobrecida, que aparecía a la vuelta de la esquina del hotel). "Aquello era una maravilla", recuerda. "Tánger era puerto franco, se podía vender y comprar absolutamente de todo, podías conseguir cualquier cosa. En el plano musical, había orquestas buenísimas y hasta seis locales u hoteles con orquestas del máximo nivel".

Desde Tánger, la gira continúa por todo el norte de África y se prolonga durante casi dos años. Aquel Magreb conocido por Iturralde, colonia francesa, "era como estar en Francia". Si antes se sumergió en la cultura portuguesa, en este caso se empapa de influencias galas: "Recuerdo que allí por ejemplo escuchaba los discos del quinteto del Hot Club de Francia, donde tocaba el guitarrista Django Reinhardt". Durante su primera turné por el norte de África, Iturralde entra de lleno a tocar jazz en un ambiente donde esta música está de moda y es requerida por los dueños de los locales.

En Argelia, pasa una temporada en Argel y en Constantine, al este del país: "Un pueblo muy bonito, construido en un barranco, parecido a las casas colgantes de Cuenca". Aquí actúa regularmente en Le Cabaret Chez Nous. El dueño "tenía otro local para verano, Le Chalet des Pins. Allí compuse muchas cosas, entre ellas la que considero mi obra más bonita: *Memorias: Lisboa, Casablanca y Argel*.

"Justo cuando las cosas se ponían mejor" tuvo que regresar a España. Sobre la mesa tenía un contrato importante con los Africa Boys, un conjunto de jazz formado por *pieds noirs* (extranjeros residentes en Argelia) que tocaba *be bop*, la vertiginosa mutación del *swing* que Charlie Parker y Dizzy Gillespie, entre otros, habían empezado a desarrollar en los años 40. Sin embargo, no tenía más remedio que volver: "Yo era jefe de la orquesta y tenía un montón de trabajo cuando me llamaron de la embajada de Orán: tenía que hacer la mili, no quedaba otra. Así que tuve que dejarlo todo y regresar", recuerda.

## LA GRAN VÍA DE LOS MÚSICOS

Aunque Iturralde tuvo la suerte de hacer la mili en Navarra, como curiosidad de este periodo cabe citar su negativa a realizar el servicio como músico militar, algo que deseaba su padre: "Todo el mundo quería entrar, pero a mi me lo ofrecieron y lo rechacé. Lo que pensé es que no podía ser músico y soldado. Si era una cosa, no era la otra. Lo veía de esa manera. Así que fui soldado, en el cuerpo de Zapadores de Montaña".

La mili para Iturralde supuso "hacer tres meses de campamento cerca de Pamplona, con instrucciones, gimnasia, marchas nocturnas, tiro... e ir desfilando, con la mochila y el fusil y por supuesto a pie, desde Pamplona hasta Ochagavía, casi en la frontera con Francia". Años después, su hermano Javier sería quien sí hiciera el servicio militar como músico tal y como deseaba el padre de los Iturralde. Javier continuaría después su carrera como músico clásico.

Una vez licenciado, retoma su carrera. Viaja en 1952 a Madrid y se instala en una pensión: "Al principio fue difícil porque no conocía a nadie, pero pronto formamos un grupo para tocar en una especie de cabaret popular, aunque entonces estaba prohibido llamarlo cabaret, había que decir 'sala de fiestas". A este contrato le sigue otro en la banda de Salvador Aregadillo, "un contrabajista que además tocaba el vibráfono, el único entonces en todo Madrid" en la sala París, y aún otro con el acordeonista Jean Flebert en la Boite de Nuit Castelló, uno de los mejores locales de la ciudad.

En la capital de España hacia 1954, en lo más alto: "Me ofrecieron montar mi orquesta en El Cielo de Madrid, en el hotel Plaza, en la Plaza de España". Desde aquella sala de fiestas, en la planta veintiséis del hotel, se dominaba toda la ciudad. Gran Vía era algo así como la meca de la música en directo entonces: "Sólo en el tramo entre Plaza de España y Callao, había unas doce orquestas tocando en El Elefante Blanco, York Club, Jai, el hotel Rex, Morocco, Suevia, Pasapoga...".

Al final de Gran Vía, aún quedaba otro de los mejores locales de Madrid, en el que Iturralde actuó también habitualmente: el cabaret Casablanca, ya llegando a la calle Barquillo. "Era un local precioso, con decoración árabe, y tenía un kiosco para la orquesta en alto, y giratorio, algo que sólo he visto allí y en Lisboa. Como tocábamos dos orquestas, para cambiar de una a otra se le iba dando la vuelta al kiosco mientras los dos grupos tocábamos *Tea for two*". Una época irrepetible para el músico profesional. Resulta más que curioso recordarlo a día de hoy, siendo ésta una de las profesiones más devaluadas, al menos si hablamos de la música en directo: "Se contrataba a las orquestas para la temporada completa, no para una sola noche como ahora, eso era impensable".

Además, "cómo habrá cambiado la cosa, que entonces había sindicato de músicos, y tenía mucho poder. Cuando un local quería música en directo, el sindicato estudiaba el aforo y decía cuántos músicos hacían falta. Si por ejemplo eran diez, se contrataban dos orquestas y tocaban media hora cada una". Todo aquel Madrid nocturno, de salas de fiesta y cabarets con orquesta, desaparecería o quedaría como recuerdo testimonial pocos años después, a partir de la aparición de las discotecas y de otros cambios profundos en el ocio nocturno madrileño.

Así, en el hotel Plaza actuaba, además de la orquesta de Iturralde en la planta veintiséis, otra orquesta en la segunda planta. En el Plaza, Iturralde "tocaba el saxofón, el clarinete y la guitarra, y cantaba algunas cosas". De vez en cuando incluía en su repertorio temas *be bop*, aunque en esas ocasiones "venía el *maître* y te decía: 'no toquen eso, toquen cosas conocidas'. Por entonces el músico que improvisaba tenía muchos problemas, además del añadido de encontrar músicos que supieran improvisar", recuerda.

Empiezan a proliferar unas pocas *jam session* (encuentros entre músicos en los que se improvisa en el repertorio, algo habitual en jazz) en Madrid: "los domingos en Dorian Club y también en Suevia, La Tuna y en Estudio Club". Iturralde coincide con algunos de los músicos que poco después protagonizarán el "despertar" del jazz en España: el baterista Regolí, "recién llegado de Barcelona", o los pianistas Ramón Echauz y Pedro Masmitjá.

## 'TO PSILOS'

Beirut, en la segunda mitad de los 50: "Aquello era como Tánger. Se podía hacer de todo, y comprar de todo. Podías incluso comprar un instrumento en América y pedir que te lo mandaran...". Líbano logró la independencia de Francia en 1943 y Beirut, su capital, se convirtió en una de las ciudades más prósperas del llamado "mundo árabe". También en una capital cultural de primera fila. "La Suiza del Medio Oriente" era el sobrenombre con que se conocía la ciudad en los 50. En Beirut se estableció Iturralde tras firmar "el mejor contrato de mi vida", con una duración de dos meses que después se prorrogaron. Finalmente, permanecería en Líbano unos dos años y medio.

Tras el contrato con su orquesta, entró a formar parte de una nueva banda cuyos músicos elegía personalmente el dueño del hotel Capitol. Aquella orquesta "era realmente increíble. Podíamos tocar la música de moda, tocar jazz, tocar clásico, acompañar a músicos invitados a primera vista...". Además de Iturralde y de otro músico español, Andrés Ortigas, en el conjunto estaban "los mejores músicos de Medio Oriente. Eran griegos nacidos en Egipto".

Una banda absolutamente cosmopolita, donde los músicos africanos eran capaces de hablar y escribir indistintamente "en francés, inglés, árabe, griego e italiano". De igual forma, sus conocimientos musicales eran mucho más amplios que los de cualquier músico español, en un momento en que "en España prácticamente ni se había oído el nombre de Miles Davis, mientras aquellos griegos-egipcios ya tocaban repertorio suyo". El vocalista, Jimmy -cuyo nombre real era Jimmy Casavetis-"cantaba cosas de Sinatra o Nat King Cole, exactamente igual que las originales. Cantaba las canciones americanas, francesas o italianas con acento perfecto, como si hubiera nacido en esos países. Pero es que entonces en Beirut los niños de la calle hablaban árabe, francés e inglés".

Cuando finalizó el contrato de la orquesta, los músicos plantearon establecerse en Grecia. Bajo ningún concepto querían volver a Egipto, que vivía un momento histórico muy incierto: Gamal Abdel Nasser presidía la nueva república, instituida a raíz del golpe de estado que los Oficiales Libres habían llevado a cabo con éxito en 1952. En 1956 y 1957, cuando Iturralde estuvo en Líbano, Nasser nacionalizó el Canal

de Suez e inició la construcción de la presa de Asuán, enfrentándose abiertamente a Francia y Gran Bretaña. Al tiempo, Israel se enfrentó a Egipto en la Guerra del Sinaí. Todos aquellos sucesos significaron simbólicamente el fin de la era colonial en Oriente Próximo.

Así pues, ante la inestable situación los músicos quedaron a la espera de obtener un visado para poder viajar a Grecia. Los dos españoles, Iturralde y Ortigas, aprovecharon para proponer al dueño del Capitol actuar a dúo. Tenía que ser con violín y piano. Iturralde lo recuerda con humor: "Nos aprendimos de memoria un repertorio que funcionaba bien. Me acuerdo que una noche se acercó una señora a decirnos qué bien tocábamos, y le dije: 'No se lo diga usted a nadie, pero ni yo soy violinista, ni éste es pianista'".

En el Capitol de Beirut, se produjo otra divertida anécdota que Iturralde recuerda: el dueño contrató a un grupo de mariachis mexicanos. Por supuesto, el grupo interpretó el famoso corrido *Guadalajara*, provocando una reacción totalmente inesperada en el público: "Cuando cantaban el estribillo, parte del público libanés se reía. Claro, porque 'guadalajara' es un término árabe, que literalmente significa 'río de basura'", explica.

Finalmente, la banda se trasladó a Atenas, donde permaneció un año, en 1958: "Allí fuimos la sensación", recuerda Iturralde. La banda fue contratada en un local llamado Trastería ("Las Estrellas"), al que acudía la alta sociedad ateniense: Karamanlis, Onassis... e incluso la mismísima princesa de Grecia, hija de los reyes Pablo y Federica. Se trataba de Sofía Margarita Victoria, futura reina de España. En Atenas Iturralde tocó también con una joven promesa de la canción griega, Nana Mouskouri: "Por aquel entonces cantaba cosas en inglés, muy al estilo de Ella Fitzgerald, y actuaba en tabernas pequeñas. Luego se hizo muy famosa", recuerda.

Pedro Iturralde aprendió griego, idioma que considera "muy sencillo de pronunciar para un español, aunque la gramática luego es muy difícil, por las declinaciones". Tenía incluso un mote: *To Psilos*, "El Alto". Recuerda divertido que "los dos españoles éramos justo los que teníamos menos pinta de españoles en el grupo. Cualquiera de los griegos parecía más español que nosotros. Yo porque era alto, y Andrés Ortigas, que era de Sos del Rey Católico, porque era rubio y tenía los ojos azules". Ortigas, su compañero en aquella aventura en Líbano y en Grecia, "se leía cada mañana el periódico en griego de cabo a rabo, y lo hablaba perfectamente".

## WHISKY, JAZZ Y HUMO

"De Grecia (*Helas*, que es como ellos llaman a su país) me enamoré. Me encantó su idioma, su cultura... Tengo una obra que se llama *Suite Hellenique*, con motivos populares de música griega". No ocurrió lo mismo con Turquía, país en el que se estableció la orquesta de Jimmy después de su paso por Grecia, dentro de aquella larguísima "segunda *tournee*" de Iturralde: "Estuvimos un año en Ankara".

Después de la experiencia turca, Iturralde se une a la orquesta del pianista griego Mani Kelly: "Tocamos en las bases americanas de Alemania y Francia, y también vinimos a España, a la base de Zaragoza. En cuanto había día libre, yo aprovechaba para ir a Navarra". La orquesta recaló también en Torrejón de Ardoz, muy cerca de Madrid. "Entonces conocí la existencia del Whisky Jazz Club, un sitio que habían abierto en la calle Marqués de Villamagna". Unas semanas después, la orquesta se disolvió e Iturralde decide regresar a Madrid.

Inmediatamente, empezará a actuar en el Whisky Jazz, que durante los años 60 será algo así como su segunda casa. Es ésta la época en que su nombre y el de Tete Montoliú, otro habitual en Whisky Jazz, se hará tremendamente conocido como jazzista español, tanto dentro como fuera de las fronteras del estado. Aquel Madrid al que volvió Iturralde hacia el año 1959, tras años de *tournee*, ya era otro: "Encontré la ciudad bastante cambiada, más moderna. Creo que la ciudad había mejorado", recuerda.

"Jam Session, con Tete Montoliú. Hoy y mañana domingo, a las 4.30 (consumición 25 pesetas), y todas las noches, en Whisky Jazz Club, Marqués de Villamagna número 10". Así reza un modesto anuncio publicado el 23 de abril de 1960 en la página 62 de ABC. Jean Pierre Bourbon era el nombre artístico del empresario que se lanzó a la aventura de abrir un local con jazz en directo todas las noches en Madrid. Poco después abriría otro local más en la calle Diego de León, el Bourbon Street, que después adoptaría el nombre de Whisky Jazz Club tras la demolición del edificio de Villamagna en 1969. Para los aficionados madrileños, el Whisky Jazz original, el de



Villamagna, quedaría en la memoria como una sala de conciertos absolutamente pionera en la escena musical de la capital.

"Me enteré que existía el local de la calle de Villamagna, pasé por allí y me ofrecieron trabajo. Ésa es la razón por la que yo volví a vivir en España, si no hubiera seguido por ahí dando vueltas", declaraba Iturralde al diario *El País* en 1995. El diario publicaba entonces la noticia del cierre definitivo del local de Diego de León bajo el titular "El mítico bar Whisky Jazz ha muerto". Para Iturralde, de vuelta de su larguísima *tournee* el Whisky Jazz significó "la oportunidad de vivir del jazz". Tocaba "casi todos los días, estuve fijo allí durante casi diez años. Fijo hasta el punto de que llegó un momento que prácticamente contrataba yo a artistas internacionales, y traje a estadounidenses de primer nivel".

*Jazzistas* de primera fila como Dexter Gordon, Donald Bird, Donna Hightower o Lee Konitz pasaron por allí. También el pianista Hampton Hawes, con quien Iturralde grabaría de madrugada, en 1968, justo después de haber actuado en Whisky Jazz. Un disco grabado en un estudio de Hispavox que no se editó hasta 1986, después de que un crítico británico descubriera su existencia y escribiera un artículo indignado en la importante revista musical *Melody Maker*.

"Ese tío se parece a Gerry Mulligan...". Los músicos miran desde el escenario hacia un rincón del local, donde un tipo rubio y bien plantado parece no perder detalle de cuanto ocurre en el escenario. Efectivamente, al terminar el primer pase, el mismísimo Gerry Mulligan, posiblemente el mejor saxofonista barítono de la historia del jazz, "vino a preguntar si podía tocar con nosotros. Le dije que sí, y se fue a su hotel a por el saxo". Después de improvisar con la banda, "le dijo al dueño del local que yo tenía más técnica que él, imagínate...", recuerda Iturralde.

"Usted fuma muchísimo", le dijo el médico. Pero Iturralde no era fumador. "Gracias a Dios que se cerró, porque aquello era malísimo para la salud", dice Iturralde medio en broma. En 1969, el Whisky Jazz Club de Villamagna cerró sus puertas, poniendo fin a una década de conciertos legendarios para los aficionados madrileños. Una década de jazz, y de humo: "El humo del Whisky Jazz era criminal. A los fotógrafos el humo en los escenarios les encanta, salen unas fotos preciosas, pero yo como saxofonista tengo que aspirar aire al máximo. Además, allí tocábamos muy fuerte porque se tocaba sin amplificación, así que tragaba todo ese humo cada noche".

## JAZZ FLAMENCO

*Club de Jazz* era el programa semanal, presentado por Matías Prats padre, que emitía Radio Nacional: "Tocaba con mi cuarteto, y si venía alguna figura a tocar en el Whisky, le llevábamos con nosotros al programa". En una de aquellas sesiones "se me ocurrió presentar el Zorongo Gitano". Esta pieza popular, a la que puso letra nada menos que Federico García Lorca, la venía tocando Iturralde con su grupo, convenientemente adaptada: "lba de maravilla para improvisar, así que le di una estructura AABC y la rearmonicé con acordes de jazz".

Se trataba, claro, de flamenco, pero tocado desde otra óptica y con un concepto novedoso. "A mi desde siempre me ha gustado usar algo de música étnica de diferentes lugares, y siempre me gustó Andalucía. No conozco el cante jondo puro, pero sí había escuchado mucho a Sabicas, que en Navarra influyó muchísimo: actuaba mucho en la radio, y muchos guitarristas clásicos le siguieron", recuerda. Además, Iturralde se había acercado años antes al flamenco en una de sus primeras composiciones originales, *Veleta de tu viento*, y por aquel entonces acudía habitualmente, junto con Paul Grassl, el pianista de su cuarteto, a Las Brujas o Zambra, dos de los tablaos flamencos más conocidos de Madrid.

De estos ingredientes partía cuando interpretó el Zorongo, que ya era un éxito en Whisky Jazz, en Radio Nacional. En la grabación participó, además de su cuarteto habitual, el trombonista José Chenol. El programa se emitió por Unión Europea de Radio, llegando a oídos de Joachim Ernest Berndt, director del Festival de Jazz de Berlín en 1967. Pronto llegó una carta invitando al grupo a participar en el festival, dentro del ciclo *Jazz meets the world*.

Antes de acudir a Berlín, Iturralde grabó para Hispavox el disco titulado *Jazz Flamenco*, sin duda el más exitoso y conocido de toda su discografía. Se trata de un disco cuya influencia ha sido descomunal, pues mostraba una vereda que luego ha acabado convertida en autopista: la fusión del flamenco y el jazz. Sin embargo, y curiosamente, se trata de un disco que ni es lo que parece, ni tal vez lo que Iturralde pretendió hacer exactamente.

Según el reportaje ya citado de la revista *Cuadernos de Jazz*, hubo algunas dudas sobre el título escogido, lo que significaba quizás dudar del concepto que se quería transmitir: "A mí la verdad es que me daba un poco de miedo esto del flamenco-jazz, son dos palabras tan fuertes que chocan. Yo sugerí llamarlo de otra manera, flamenco-fusión o algo así". Después, se decidió incluir guitarra por consejo de Berendt. En un principio Iturralde contó con el guitarrista Paco de Antequera, que sin embargo falleció en un accidente de coche. Así que se buscó "un guitarrista de jazz que tocara un poco de flamenco, o un guitarrista de flamenco que tocase jazz". Por sorprendente que pueda parecer hoy, en aquel entonces dar con un músico así "era imposible".

Finalmente Iturralde pidió consejo a Alberto Vélez, guitarrista que actuaba en el tablao Las Brujas. Vélez recomendó a "un chaval que le vendría muy bien para lo que usted quiere hacer, un chico joven, Paco de Lucía". Y así fue como Paco de Lucía fue contratado para la grabación. Se daba la circunstancia de que el joven guitarrista flamenco tenía un contrato con otra discográfica, por lo que no podía figurar en los créditos con su nombre artístico y tuvo que cambiarlo por "Paco de Algeciras". El disco se grabó, con excelentes resultados, pero por un error en los créditos finalmente el guitarrista figuró con su nombre artístico habitual. Hubo "un lío con las compañías, y el disco al final se fue al garete". Afortunadamente, sería reeditado años más tarde una vez resuelto el conflicto.

El proyecto se presentó con gran éxito en Berlín y la grabación de aquella actuación se editó con el título de *Flamenco Jazz*. En 1975, tanto el *Jazz Flamenco* original como su "continuación", también grabada en 1968, *Jazz Flamenco II*, fueron reeditadas por Hispavox. En este juego de confusiones (títulos, créditos), hay también que citar la mayor de todas: con el paso del tiempo y el aumento de la fama de Paco de Lucía, los discos y el proyecto entero han sido considerados por muchos oyentes, erróneamente, como una suerte de colaboración entre Iturralde y de Lucía en un contexto de fusión de los dos estilos.

Lo cierto es que basta escuchar *Jazz Flamenco* para darse cuenta de hasta qué punto esta idea es equivocada, pues la guitarra apenas interactúa con el resto de la banda: interpreta bellos pero aislados pasajes de introducción o salida, mientras la banda de jazz, encabezada por el saxo de Iturralde, carga con el grueso de la grabación. Iturralde lo explicó así a *Cuadernos de Jazz*: "Como Paco no sabía nada de jazz, hice los arreglos de manera que él no tocaba con el grupo casi nunca". Tan sólo en *Jazz Flamenco II* "hay unas bulerías en las que él acompaña con la guitarra y ahí sí se produce una cierta fusión. Desde entonces he tenido muy poco contacto con Paco, pero recuerdo que una vez vino al Whisky Jazz y me dijo: 'ahora comprendo lo que tú querías entonces'".

## CÁTEDRA

"Un día iba en coche a alguna parte y alguien puso un disco. De pronto oigo un saxo soprano, y pienso: 'Mira qué bonito, y esa forma de tocar se parece a la mía'. Hasta que al rato me doy cuenta: '¡Pero si soy yo!'. Era una grabación que no recordaba". Iturralde recuerda la anécdota, que ilustra a la perfección su faceta como músico de estudio: "Hice miles de grabaciones, en todas partes". Sería tarea absolutamente imposible rastrear todas aquellas líneas de saxofón, clarinete o incluso guitarra grabadas para discos de todo tipo, radio, televisión y cine. Raphael, Serrat, Aute, Miguel Ríos o Mari Trini son algunos de los artistas en cuyos discos Iturralde grabó como músico de sesión. Entre otras bandas sonoras, compuso la de la película *Viaje a ninguna parte* (1986), de Fernando Fernán Gómez.

En los 70, Iturralde se establece en Madrid de forma definitiva. Compra el que hoy sigue siendo su domicilio, y también una bicicleta: "La bicicleta que los Reyes nunca me echaron de pequeño, y mira que yo cada Navidad la pedía...". Con esa bici "me iba todos los días a El Pardo o por la carretera de la Playa de Madrid. Todos los días hacía veintitantos kilómetros", tal vez tratando de limpiar esos pulmones maltrechos por el humo de tabaco del Whisky Jazz Club.

Es ya un artista absolutamente consagrado, que logra algo que parecía imposible unos años antes: que el jazz conquiste un lugar visible y respetado en el panorama musical español. Así, "empezamos a ir a muchos festivales, que hasta entonces programaban de todo menos jazz". Además, recuerda, "fui de los primeros en llevar el jazz a los colegios, actuando".

"Quizás a raíz de esto del *Jazz Flamenco*, me dieron una beca en Berklee. Pasó por Madrid el rector de la Universidad, y me ofreció una beca abierta". En el año 1973, Iturralde viaja a Boston, Estados Unidos, para estudiar armonía avanzada y arreglo en la universidad de música más grande y prestigiosa del mundo. "Perdí todas las galas con Raphael que tenía ese verano. Me pusieron un programa durísimo". El mismo año, obtiene el importante premio a la composición en Mónaco por su obra *Like Coltrane*. Dos veranos después, en el 76, Iturralde volvió a Berklee: "Era el

aniversario y volví para allá porque había mucho trabajo, muchos conciertos". De nuevo, "tenía galas con Raphael ese verano, y las perdí", recuerda riendo. Igual que en la ocasión anterior, "mi hermano Javier me sustituyó" con Raphael.

En Boston tuvo oportunidad de trabar amistad, entre otros músicos, con Stan Getz: "Lo conocí porque ambos habíamos encargado un arreglo en el saxo a Emilio Lyons, al que llamaban *The Saxophone Doctor*. Lyons, que adquiriría una gran fama, era un tipo curioso: "A Stan le reparó el saxofón y no le cobró nada. Pero lo hizo tan bien, que a partir de entonces Stan confiaba tanto en él que se lo enviaba siempre directamente, para que se lo dejara como le gustaba. También se lo reparaba a Sonny Rollins. La primera vez le cobró un dólar, que tenía allí expuesto, de adorno, en su tienda". Iturralde, por supuesto, también consiguió su primer arreglo gratuito.

A partir de entonces, Getz e Iturralde se hicieron amigos: "Cuando venía a tocar a Madrid, lo llevaba a cenar a El Pardo", recuerda. "Era una persona muy amable y cariñosa cuando llegabas a conocerle". Otro gran músico que Iturralde conoció en profundidad fue el pianista Tete Montoliú: "Un gran pianista de jazz".

Ya en 1978, Iturralde logra culminar otra de sus obsesiones: la creación de la cátedra de saxofón en el Conservatorio de Madrid, de la que fue titular hasta jubilarse en 1994. Por el camino quedan sus muchísimas interpretaciones como músico clásico, desde que en los 60 grabara un disco y un programa con la Orquesta de RTVE. Después de aquello recibiría la llamada de Frübeck de Burgos para la Orquesta Nacional de España.

"Yo a la sinfónica siempre he ido con cierta humildad porque pienso que hay gente que está toda la vida tocando este tipo de música y sabrá más que yo", explicó en *Cuadernos de Jazz*. Sin embargo, lo que define a un buen director es "aprovechar las posibilidades del músico". A este respecto, recuerda que en su primer ensayo en la Nacional siendo director Sergiu Celibidache "toqué el solo de tenor del *Bolero* (...) no con miedo, pero sí un poco cohibido. Lo que pasó es que vino y después de felicitar-me, me dijo: '¡toca sin temor!'".

Además de su ingente obra musical, como *jazzista*, músico clásico, músico de estudio y compositor, Iturralde ha realizado también importantes aportaciones para la enseñanza musical. La más destacada es el manual *Trescientas veinticuatro escalas para la improvisación en jazz*, libro de referencia para el estudio de la improvisación, que en 1990 fue galardonado con el Premio del Ministerio de Cultura a la edición más destacada a la contribución a la pedagogía.

Y en 1994, la jubilación. Al menos la oficial. El 1 de diciembre de ese año, se celebró en el Auditorio Nacional de Madrid un emocionante homenaje a su figura. Dos cuartetos de jazz y la Big Band Asociación de Músicos de Madrid interpretando sus

composiciones, con Donna Hightower, Larry Monroe, Gregory Hopkins "y con mi hermano Javier dirigiendo, imagínate", recuerda. No fue una retirada, ni mucho menos: desde entonces y hasta el día de hoy, Pedro Iturralde ha seguido recibiendo galardones a su trayectoria, entre ellos la Medalla de Oro de las Bellas Artes en 2009, y tal vez lo más importante, ha seguido en activo, actuando con regularidad en salas de conciertos y festivales de primer nivel: "Sigo tocando, no sé hasta cuando porque me noto un poco... Bueno, toco bien todavía". Sonríe.

\*\*\*

Se sienta en la butaca. El despacho del músico: una mesa con algunos papeles, una estantería llena de partituras, un aparato de música, una pila de cedés y un saxo tenor y un clarinete colocados en sus respectivos soportes. Introduce un disco en la mini cadena, coge su saxofón, lo acomoda, y pulsa la tecla "play". Sobre la grabación de una pieza de su repertorio, interpreta los fraseos de la melodía en perfecto unísono con el saxofón grabado, hasta que llega el solo, momento en que comienza a improvisar sobre aquella improvisación que grabó tiempo atrás.

El saxofonista parece establecer un diálogo consigo mismo: responde a sus propios fraseos con *riffs* nuevos, o realiza nuevas preguntas que responde su yo grabado, encajando nuevas notas en los silencios, rearmalizando en tiempo real las notas que tocó, creando fugazmente un nuevo sólo doble e imposible que ya dejó grabado antes. Por algún motivo, viene a la mente la frase que Jimmy Carter -protagonista de *El Perseguidor*, de Julio Cortázar- repite obsesivamente en aquel extraño y hermoso cuento sobre la música jazz: "Esto ya lo toqué mañana".



## *Pedro Iturralde*



La familia Iturralde-Ochoa. De arriba a abajo y de izquierda a derecha: Pedro, Palmira, María Dolores, Javier, Josefina, Wenceslao y Manuel



Pedro Iturralde con la orquesta de Manny Kelly





Interpretando el Concierto para Saxofón de Alexandre Glazunov, con la Orquesta de Cámara en el Teatro Real



Tocando con Bill Coleman



Whisky Jazz Club en Madrid





Pedro Iturralde







Pedro Iturralde

Pedro Iturralde







Pedro Iturralde





Pedro con su esposa Paquita



# "BOMBERO DE MADRID"

*Dionisio Salán*

1. *Un chaval de Villomar*
2. *Primeros fuegos*
3. *Breve historia de los 'matafuegos'*
4. *Los "hombres del domingo"*
5. *Bomberos de otra época*
6. *La tragedia de la calle Uceda*
7. *Almacenes Arias*
8. *Gajes del oficio*
9. *Un cuerpo muy querido*
10. *Fotografías*





## UN CHAVAL DE VILLOMAR

Hoy vive en una Residencia de Mayores. Las circunstancias lo han obligado: él y su mujer necesitan las atenciones que allí les procuran. Tuvo que dejar la casa familiar en Aluche, donde pasa los fines de semana, con la familia. Allí guarda un puñado de recuerdos. Ese premio que le dieron por toda su carrera, algún recorte de prensa, alguna vieja herramienta de trabajo.

Cuarenta años, cinco meses y tres días. Lo dice de corrido, a cualquiera que le pregunte cuanto tiempo estuvo apagando fuegos. En este tiempo, Dionisio Salán ha vivido de todo. Ha sufrido quemaduras, ha salvado vidas, ha lamentado graves tragedias, ha convivido con compañeros que ya son de la familia, y ha visto la evolución de una profesión en la que valores como la valentía, la solidaridad o la capacidad de sacrificio por los demás no son sólo palabras: son cualidades absolutamente tangibles, que pertenecen a gente de carne y hueso. Gente como Dionisio Salán, bombero de Madrid.

\*\*\*

"El Esla lleva el agua, y el Duero la fama", reza un antiguo dicho tradicional sobre el principal y más caudaloso afluente del río Duero. El Esla corta el noroeste peninsular desde Cantabria hasta la frontera con Portugal, regando las tierras de Zamora y León. En esta última provincia, centenares de pueblos y aldeas se instalaron a su orilla. Entre ellos Villomar, veinticuatro kilómetros al este de la ciudad de León.

Apenas el río y una carretera, la N-625, que une Mansilla de las Mulas, la principal población de la zona, de la que Villomar es pedanía, con la localidad leonesa de Riaño. "Apenas" es una manera de hablar. Villomar es campo y paisaje castellano. Campos agrícolas que conoce bien Dionisio Salán, que nació en este pueblo, hoy con cincuenta y siete habitantes, en 1933.

Entonces, "había unas cuarenta casas". Más o menos las que sigue habiendo hoy, aunque en ellas probablemente vive menos gente. Casas grandes, con su corral entre la vivienda y las cuadras de los animales, con sus aperos de labranza guardados en el pajar. En Villomar todos eran agricultores -"cereales y frutales principalmente"-

y todos tenían sus tierras para cultivar, y sus animales. "En casa teníamos vacas y un caballo", recuerda.

No había cumplido los seis años, pero aún guarda el recuerdo de aquellos camiones pasando por Villomar: "Se me ha quedado grabada la imagen de los camiones que pasaban hacia el monte Lo recuerdo, igual que el sonido de los disparos". De Villomar quedaban lejos las poblaciones mineras del norte de León, en la frontera con Cantabria y Asturias, donde quedó establecido el llamado Frente Norte, que concentró los combates en la provincia. Sin embargo, se escuchó el eco de la contienda debido a su proximidad con la capital de provincia, a apenas veinticuatro kilómetros.

La niñez de Dionisio Salán se desarrolló, por tanto, en la primera posguerra. En estos tiempos de escasez la particular configuración de la sociedad leonesa, formada mayoritariamente por pequeños agricultores propietarios de sus tierras de cultivo, posibilitó que aquellas localidades pudieran salir adelante gracias a los recursos alimentarios que poseían.

Así, "nuestra familia tuvo mucha suerte en la guerra y la posguerra: no perdimos mucho", resume. Los Salán siguieron dependiendo de sus cultivos y animales para llenar la mesa. Aunque, por supuesto, no era fácil durante la guerra ni siquiera mantener lo poco que se tenía: "La comida la teníamos que esconder, porque si no la confiscaban los soldados. Recuerdo que metíamos la comida debajo de la paja, si no, nos la quitaban".

El horizonte de Dionisio fue aquel bello y duro paisaje castellano hasta los veinticinco años aproximadamente. La vida no cambiaría sustancialmente en Villomar hasta que ya en los cincuenta, se presentó la oportunidad de viajar a Madrid, una vez terminado el servicio militar.

Antes Dionisio conoció a Obdulia. "Ella era de otro pueblo, Villanueva de las Manzanas, que tenía cerca, en el pueblo de al lado, la estación de tren", explica, dando a entender que el paso del trazado ferroviario hacía aquella población más importante que Villomar. Además, "en casa teníamos vacas, pero en la suya había vacas y bueyes". Definitivamente, Obdulia era un buen partido, aclara Dionisio entre risas.

La pareja no se casaría hasta algunos años después, en 1961, tras cuatro años de novios. En esos años, Dionisio se pudo establecer en Madrid y formar las bases para su futura familia. El sustento vendría de la nueva profesión que aquel muchacho de pueblo iba a desempeñar nada menos que en la capital de España: sería bombero.

## PRIMEROS FUEGOS

"Vine a Madrid para ser bombero". La cosa estaba hecha y el examen parecía asequible. Así le había dicho a Dionisio el tío Ibo, que ya ejercía como bombero en la capital desde años antes. Ibo Cañón Umpanera: uno de esos nombres fáciles de recordar para cualquiera.

Dionisio viajó a Madrid, para establecerse en la capital, en el año 1957, justo después de finalizar el servicio militar. El Madrid del Desarrollismo, de los barrios, que multiplicó por diez su término municipal en los últimos años con la inclusión de nuevas zonas urbanas construidas para alojar emigrantes venidos de distintos puntos de España.

El tío Ibo "era mi tío político: la mujer de él era la hermana de mi madre. En Madrid al principio estuve viviendo con él y su familia". Dionisio recuerda su llegada a la capital, en lo que por aquel entonces era el mayor cambio de entorno que pudiera imaginarse para un joven de Villomar: "No conocía la ciudad, cuando llegué era como Paco Martínez Soria. No me traje del pueblo las gallinas de milagro", bromea.

Dionisio entró en el cuerpo de Bomberos del Ayuntamiento de Madrid tal y como estaba previsto, tras seis meses de "prácticas". "Hice las pruebas en el Parque Primero, y luego ya me tocó destino. Me mandaron al Parque Segundo, y posteriormente al Parque Tercero, el de Puerta de Toledo. Ese parque sigue estando allí".

Efectivamente, el Tercero es uno de los pocos parques de bomberos que se mantienen en Madrid desde su creación, a principios del siglo XX. Atendía los sucesos en los barrios de Latina y Lavapiés, pero también era estratégicamente importante para llegar a cualquier fuego importante que se produjera en cualquier zona del centro.

Al poco de entrar en el Parque Segundo, Dionisio se enfrentó a su primera intervención, que califica como un "fuego de chichinabo". Nada que ver con otras intervenciones posteriores, particularmente el primer gran fuego en el que estuvo, el de la calle Uceda, en Puente de Vallecas, aún como recién llegado a la profesión.

Un par de años después de ingresar en el cuerpo de bomberos, Dionisio se casó con Obdulia tras cuatro años de noviazgo a distancia. "Nos casamos en el año 61. Nos fuimos a Usera de recién casados, aunque luego nos mudamos a Batán. Finalmente, compramos la casa en Aluche", vivienda que la pareja mantiene, aunque actualmente viven en una residencia en Villanueva del Pardillo. Los tres hijos de la pareja nacerían, por tanto, en Madrid.

Los últimos 50 en Bomberos de Madrid fueron años aún de precariedad de medios para el servicio, que se modernizaría a partir de 1965 aproximadamente. Hasta entonces, ser bombero era otra cosa. Lo confirma Juan Redondo, actual Subdirector de Primera Intervención del Cuerpo de Bomberos de Madrid, autor del libro *Memorias de un bombero* y en la actualidad enfrascado en la creación de un Archivo Histórico del Cuerpo: "A finales de los cincuenta había unas premuras y una precariedad increíbles".

Se vivían tiempos, aún, de escasez presupuestaria absoluta. Madrid aún arrastraba "el daño que hizo la guerra en la capital, y en el cuerpo de bomberos en particular". Para ingresar en el cuerpo "se pedían oficios relacionados con la construcción: albañiles, carpinteros, electricistas... Todo el mundo entonces era muy habilidoso, y todos tenían un oficio para complementar el de bombero".

En cuanto a los medios, no se disponía apenas de material específico, ni siquiera en los vehículos: "Se usaban todavía coches de la Segunda Guerra Mundial, como los tanques Crossley, que se adaptaban para el servicio". Era, además, una época en que "los parques eran familias, y la relación entre los bomberos era muy estrecha". No podía ser de otra manera dadas las condiciones laborales: las famosas guardias de veinticuatro horas que convertían a los bomberos madrileños en "los hombres del domingo".

Tantas dificultades daban como resultado que "ante la precariedad de medios, se trabajaba con más esfuerzo del bombero. Se tenía a gala resolver los fuegos pidiendo muy pocos medios de ayuda. Así que lógicamente eran unos profesionales tremendos, no eran tiquismiquis". A aquella vieja escuela en Bomberos pertenece Dionisio Salán.

## BREVE HISTORIA DE LOS 'MATAFUEGOS'

¿De dónde viene el Cuerpo de Bomberos actual, el que ha llegado a nuestros días? Aunque como cuerpo municipal exista desde finales del XIX, en *Historia del Cuerpo de Bomberos de Madrid* (Juan Carlos Barragán y Pablo Trujillano) se parte del 8 de julio 1577, fecha en la que el Consejo de la Villa redacta el primer acuerdo sobre fuegos, en el que se propone "reunir a un grupo de hombres dotados del material necesario, que se dedicarán a socorrer a la capital en los casos de incendios".

Es en noviembre de 1618 cuando el corregidor de Madrid nombra a veinticuatro carpinteros con el título de "Matafuegos de la Villa". Aquellos *matafuegos* acudían raudos en cuanto sonaban las campanas de cualquier iglesia. *Los matafuegos* pasaron a ser bomberos ya en el siglo XVIII. Lógicamente, cuando se introdujeron las bombas de agua, hacia 1767, año en que la villa nombra al primer *maestro bombero*, Juan Jorge Grupner, de origen alemán.

Ya en épocas más modernas, será Álvaro Figueroa y Torres, Conde de Romanones, quien como alcalde de Madrid apruebe en 1894 un Reglamento para el Cuerpo de Bomberos que sienta las bases del servicio municipal, que queda sostenido enteramente por las arcas municipales. Un cuerpo "cuyo objeto es atender a la extinción de los incendios y al salvamento de personas y propiedades, prestando también su auxilio en los casos de hundimiento o inundación". A las plazas vacantes al cuerpo, bajo la dirección de Isidoro Delgado y Vargas, podían optar hombres "carpinteros, albañiles o ciudadanos que hubieran servido en la armada o en cuerpos de ingenieros del ejército". Se pedía: tener entre "23 y 30 años, estatura mínima de un metro y medio, 86 centímetros de circunferencia torácica, saber leer y escribir y una honradez intachable".

El servicio sufrirá innumerables cambios de todo tipo desde entonces, pero el espíritu y funciones definidos por el reglamento de Romanones se mantendrán hasta la actualidad. También entonces quedarán fijadas unas condiciones laborales que serán uno de los principales puntos de conflicto en el cuerpo durante todo el siglo XX: sueldos bajos, que obligan a los bomberos a complementar sus ingresos con el desempeño de otros oficios.

A principios del siglo XX, "la condición de ser albañiles o carpinteros causaba inconvenientes, ya que el individuo que trabajaba en una obra recibía un jornal de tres o cuatro pesetas y de bombero ganaba menos y arriesgaba más la vida". La reducción de las horas semanales será una reivindicación recurrente de Bomberos de Madrid durante toda su historia. Se lograría, por unos pocos años, en julio de 1931, cuando en base a una reorganización de los servicios municipales se instaura la jornada legal de 48 horas semanales.

Poco durará este reglamento, que satisfacía al fin la vieja reivindicación de los bomberos madrileños. A partir del estallido de la Guerra Civil, el colectivo, por lo demás como cualquier otro de la España de la época, se divide en dos bandos, que se enfrentarán en la contienda. En palabras de Juan Redondo, "la guerra civil fue en desastre en Bomberos, un drama. Se reprodujo a nivel de empresa todos los males y horrores de la guerra, y se salió regular, malamente".

La larga posguerra supuso la vuelta a la precariedad de medios y efectivos. La primera decisión que se adoptó nada más terminada la guerra, no podía ser de otra forma, es la vuelta a las guardias de veinticuatro horas seguidas de veinticuatro horas de descanso. Ese "día sí, día no", unido al pobre salario, convierte definitivamente a estos profesionales en esos "hombres del domingo" que prácticamente no pueden ver a su familia en toda la semana.

Así fue hasta los años 70: la *Guerra del 77* es la mayor movilización reivindicativa en la historia del cuerpo. En abril de 1977, tras las promesas incumplidas del delegado de Seguridad municipal de revisar las condiciones laborales, los setecientos ochenta bomberos del ayuntamiento se acuartelan en los parques de la capital. Se inicia una campaña en los medios de comunicación: el alcalde afirma que Madrid se ha quedado sin servicio, mientras los bomberos argumentan que no sólo no se ha dejado de atender ni una sola incidencia, si no que "Madrid jamás ha tenido tantos bomberos de guardia".

El ayuntamiento llegó a enviar al Ejército a ocupar los parques, desalojados por los antidisturbios. Todo acabó en 24 expedientes por insubordinación que acabaron archivados, y la implantación de tres turnos de 24 horas por 48 de descanso. Con el tiempo, las condiciones irán mejorando paulatinamente hasta llegar a la situación actual: dos guardias semanales, y cinco días de descanso entre ambas. El Cuerpo de Bomberos de Madrid hoy cuenta con unos 1.500 efectivos, doce parques activos y un tiempo de respuesta de seis minutos de media para cualquier incidencia.

## LOS "HOMBRES DEL DOMINGO"

"Yo el recuerdo que tengo de niña es que él muchos días no estaba, por las guardias. Cuando venía, nos traía unos caramelos que eran figuritas de azúcar, una sandía, un plátano... Los traía casi todos los días", recuerda Yolanda, una de las hijas de Dionisio.

Efectivamente, resultaba muy difícil compaginar la vida familiar con la laboral para los bomberos, debido a las guardias y al bajo salario que obtenían, lo que les obligaba a tener otro trabajo. "Ahora se trabaja muy poco comparado con entonces", explica Dionisio. "Seis días al mes, eso no es nada. En mi época, se trabajaba día sí, día no, en guardias de veinticuatro horas. Cada quince días, te daban tres libres seguidos", recuerda.

Juan Redondo, que coincidió con Dionisio en sus últimos años profesionales, explica de qué manera influían estos turnos laborales en la vida de quienes los hacían: "A los bomberos se les llamaba los 'hombres del domingo', porque los hijos pequeños sólo les veían los domingos. Y es que además de las guardias, como el sueldo era pequeño, muchos bomberos trabajaban luego en otra cosa entre guardia y guardia".

Así era. Dionisio Salán compaginó su trabajo en Bomberos con un negocio de azulejos, pero en el cuerpo, aunque abundaran los profesionales especialistas en temas de construcción, había también otros oficios: "Todos nos dedicábamos a algo: había hasta algún taxista", explica Antonio Rubio, compañero y amigo de Salán durante buena parte de su carrera. Rubio es uno de los compañeros más próximos a Dionisio, al igual que Julián Polo, Paco Higuera *El Rubio* y Efrén Gallego, los tres del Parque Segundo.

Rubio, por ejemplo, sería durante un tiempo responsable de seguridad del mismísimo Adolfo Suárez, trabajo que obtuvo, entre otras cosas, "gracias a la experiencia de Salán y a todo lo que me explicó". Sin embargo, rechazó el ofrecimiento de dedicarse a ello a tiempo completo: "Me lo ofrecieron pero yo dije que era bombero. Así que sólo podía trabajar con Suárez los días libres".



Aquellas guardias interminables: "Muchas no hacíamos nada" recuerda Dionisio, "o como mucho íbamos a alguna cosa menor, sin mucha importancia". El resto del tiempo "lo pasábamos en el Parque jugando al dominó, haciendo la comida...". Dionisio Salán siempre fue aficionado a la cocina y conocido en el cuerpo por las comilonas que preparaba. Desde que su mujer sufrió un ictus en 1991, era él quien cocinaba, y quien la cuidaba cuando salía del trabajo.

"Las mejores paellas de Madrid, se han hecho en Bomberos", sentencia Antonio Rubio. "Salán cocinaba muy bien", explica: "Durante las guardias, organizábamos muy buenas comidas: dos iban a la compra, dos cocinaban, dos ponían y quitaban la mesa... Lo teníamos así organizado, y Salán era de los que cocinaban".

Hasta tal punto eran apreciados aquellos famosos guisotes del Parque Cuarto (donde trabajaron Salán y Rubio a partir del año 1972) que "venían las mujeres de los compañeros quejándose de que su marido comía en el parque cosas que luego no quería comer en casa". Por ejemplo, "preparábamos filetes de hígado a la plancha, con mucha cebolla frita, y al horno. A todos les encantaba aunque luego en casa nunca quisieran comer hígado".

Claro que en aquellas comidas también se gastaban bromas. "Salán era uno de los que hacía algunas faenas", recuerda su compañero, "como por ejemplo echar un trozo de bota al cocido que estaba haciendo otro", recuerda entre risas. Aquella intensa convivencia entre compañeros, motivada por las duras condiciones laborales del servicio, cambiaría a finales de los años 70, cuando tras el célebre conflicto laboral conocido en el cuerpo, nada menos, que como *La Guerra del 77*, los Bomberos lograron mejorar sus condiciones de trabajo. Un cambio sin duda positivo y celebrado en Bomberos, pero que poco a poco iría dejando aquella convivencia tan estrecha y familiar en una cosa del pasado.

## BOMBEROS DE OTRA ÉPOCA

"Estos tíos no salían en calendarios". Juan Redondo observa en su despacho una foto, tomada en los años 50, de un grupo de bomberos del Ayuntamiento. No hay cuerpos esculturales, ni poses sugerentes, ni rostros particularmente agraciados: sólo tipos con cara de no andarse con muchos miramientos a la hora de hacer aquello que sea que haya que hacer.

Redondo compara en broma la instantánea con la célebre iniciativa reciente de la asociación Bomberos Ayudan: editar un calendario con fotos de algunos bomberos municipales ligeros de ropa para recaudar fondos destinados a causas sociales. Redondo no pretende criticar la iniciativa, sino señalar con un ejemplo "gráfico" de qué manera ha ido cambiando la profesión con el paso de los años.

Dionisio Salán y otros compañeros que empezaron en los 50 y 60 son "bomberos de otra época. Ni mejores ni peores, pero tenían otra forma de ser, y otra forma de trabajar". Lo que parece seguro es que eran más duros, no por elección propia, sino debido a la precariedad material con la que se veían obligados a realizar su trabajo: "Sometían al cuerpo a muchos más requerimientos que ahora. Empezando porque ahora se va mucho más equipado, al límite de ir excesivamente protegido, mientras que entonces casi no llevaban nada".

En aquellos últimos cincuenta los bomberos madrileños "entraban a los fuegos a golpe de pulmón, tapándose con un pañuelo y tragando mucho humo. Ahora entramos respirando aire puro con un *autónomo*". Por no llevar, Salán y otros de su quinta, en sus primeros tiempos, no llevaban ni guantes: "Las manos eran fundamentales, porque tocabas con el dorso de la mano, y te podías orientar sobre dónde estaba el fuego". Así, "por ejemplo tocabas una puerta, y según el calor te daba información de sí detrás había fuego o no. Claro, lo que pasaba también, era que se quemaban", explica Redondo.

El tipo de intervenciones, y de fuegos, era radicalmente distinto: "Sobre todo, había muchos fuegos de chimenea. No había todavía gas, ni cocinas eléctricas, sino

fogones de carbón, así que había muchos fuegos de carbonería, de traperia... fuegos de habitación", explica Redondo. No es que hubiera más intervenciones, pero sí eran distintas, y "más variadas".

La construcción aún habitual en los 50 era el entramado de madera. Los fuegos que afectaban a estos entramados "tenían una característica, y es que había que ir descubriendo constantemente hasta llegar al fuego. Digamos que eran incendios muy laboriosos porque costaba llegar al fuego". Esta era la razón principal por la que "se pedía gente con experiencia en construcción, especialmente albañiles", para el cuerpo.

Lógicamente, también el sistema de vida marcaba las características del trabajo: "Se iba menos a rescatar gente porque siempre había varias personas en las viviendas: la mujer, el abuelo... Ahora en cambio muchas intervenciones son porque una señora mayor se resbala en la bañera, porque un niño se ha quedado sólo... este tipo de cosas era más difícil que ocurrieran antes".

Lo que no ha cambiado con los años es la manera de apagar los fuegos: "Por aquel entonces se hacía como ahora: siempre de dentro a fuera, nunca echando agua desde fuera, porque lo que haces es meter las calorías para dentro, y quemar el interior. Los fuegos se comportan igual. Hay que entrar por la caja de escalera con tu *mangaje* y llegar hasta el fuego. Allí bajas temperatura". Los fuegos se apagaban y se siguen apagando "o porque rebajas temperatura o porque retiras lo que está ardiendo".

Tampoco ha cambiado en lo básico el protocolo de los bomberos al enfrentarse a un siniestro. Lo explica Antonio Rubio, el gran compañero de Salán: "No puedes apagar el fuego y luego mirar a ver qué hay. Hay que entrar primero y reconocer la casa. Si está el dueño en la puerta y te dice que no hay nadie, pues vale, pero tu obligación es entrar". Algo que, señala, "en Madrid se llevaba a rajatabla". Hombres como Rubio o Salán lo saben bien.

## LA TRAGEDIA DE LA CALLE UCEDA

"A las siete menos veinticinco de la tarde se recibió el aviso en el teléfono de emergencia 31 44 00. Cuando llegaron los bomberos empezaron a atacar al fuego por el acceso principal y la armadura de la cubierta". Ocurría en el 19 de la calle Uceda, en una nave industrial de 150 metros cuadrados en el barrio de Puente de Vallecas. Era el 22 de febrero de 1961. Los vecinos habían alertado a los bomberos debido a las llamas que salían del edificio unos minutos después de haberse escuchado una gran explosión en todo el barrio.

La narración del suceso se recoge de manera escueta en *Historia del Cuerpo de Bomberos de Madrid*: "En los primeros momentos y de una manera muy imprecisa se oyeron rumores de que faltaba una muchacha. En vista de esto y sin estar dominado el incendio, el jefe de guardia, Sr. Salas, dispuso la penetración en el local para su reconocimiento protegiéndose los bomberos con aparatos autónomos. Cuando el primer bombero penetraba para el reconocimiento no se imaginaba lo que se iba a encontrar".

Dionisio Salán, del Parque Segundo, fue de los primeros en llegar al terrible siniestro, y también uno de los primeros bomberos en acceder al edificio, mientras sus compañeros trataban de extinguir las llamas: "El fuego no era muy grande, pero cuando entramos allí, vimos los cadáveres". Veinticuatro personas fallecieron en aquel terrible suceso que conmocionó el barrio de Puente de Vallecas, que ya había vivido otro tremendo incendio en un almacén de maderas menos de cuatro años antes, el 1 de julio de 1956. Sin duda aquel suceso estaba bien presente en la mente de los bomberos que accedieron al edificio de Uceda, pues en aquella ocasión habían fallecido catorce personas, cinco de ellas bomberos del ayuntamiento.

En la calle Uceda, el siniestro se produjo en una fábrica de monturas de gafas en la que trabajaban treinta personas, en su mayoría mujeres. El fuego amenazó con extenderse a las viviendas colindantes, cosa que los bomberos lograron impedir, rescatando a algunas personas que seguían en el interior de las casas. En cuanto a las empleadas de la fábrica, muchas de ellas eran "muchachas de dieciséis a

dieciocho años de edad, que terminan su jornada laboral a las seis y media, salvo las que hacen horas extraordinarias", según publicó el diario ABC al día siguiente.

"Fue una gran tragedia, porque todos los que murieron eran muy jóvenes, trabajadores de la empresa", recuerda Salán. Según se recoge en *Historia del Cuerpo de Bomberos de Madrid*, "la causa que motivó este desastre, según reflejaba el parte de intervención y las manifestaciones hechas por las personas que pudieron salir en el momento de producirse, fue una explosión, cuyos efectos impidieron alcanzar a los fallecidos la única salida que existía".

"Aquel era nuestro trabajo", responde Salán cuando se le pregunta por su impresión al encontrar el indescriptible panorama que había en el interior de aquella fábrica vallecana. "No me afectó ver los cuerpos, había que seguir trabajando". Así de simple. Un bombero no puede permitirse el lujo, ni entonces ni ahora, de impresionarse, sea lo que sea lo que se encuentre.

Según publicó ABC, los bomberos "pudieron rescatar a los niños que vivían en la casa y que, según nos han dicho, fueron sorprendidos por el fuego. En seguida comenzaron también el rescate de los cuerpos, abrazados muchos de ellos, en aquella habitación donde habían buscado refugio al quedar cortado el paso a la calle por la explosión producida exactamente en el centro de la nave. Todos los cadáveres estaban carbonizados".

Salán aún guarda, en su domicilio, la portada de aquel ABC publicado el 23 de febrero de 1961, bajo el titular "Catástrofe en el Puente de Vallecas". Se trató de su primera intervención en un fuego importante, y desgraciadamente fue en las trágicas circunstancias referidas. En la portada del periódico aparecen varias instantáneas tomadas durante el suceso, se puede ver a un joven Salán, enfundado en su uniforme reglamentario, acercándose a la entrada del edificio.

## ALMACENES ARIAS

Los bomberos de Madrid han vivido momentos realmente duros, teniendo que acudir a situaciones de emergencia en ocasiones con terribles consecuencias. Pero si hay un episodio especialmente trágico y doloroso en la historia moderna del cuerpo, éste es sin duda el incendio de los Almacenas Arias, el 4 de septiembre de 1987. Diosio Salán fue, como todos los efectivos de los que disponía entonces Bomberos, uno de los que vivieron en primera persona la catástrofe.

Ocurrió en los populares Almacenes Arias, o Saldos Arias, una célebre tienda de ropa situada en los números 29 y 31 de la calle Montera, en pleno corazón de la capital. El fuego se inició en la tercera planta del edificio. Según el parte del siniestro, recogido en *Historia del Cuerpo de Bomberos de Madrid*, se apreció la existencia en esta planta de "dos puntos de fuego".

Sin embargo, cuando los bomberos inspeccionan las plantas superiores se dan cuenta de que algo no encaja: "Al comprobar que la gran cantidad de humo que había no guardaba relación con los puntos de fuego localizados, se le preguntó al empleado si sabía de la existencia de algún foco de fuego más, a lo que contestó que el fuego se había originado en el edificio del número 31".

Pronto los dos edificios ardían, y la columna de humo negro se veía desde todo Madrid. Una vez desalojados de manera relativamente ordenada (dadas las circunstancias) los edificios, los bomberos atacan el fuego con todos los medios disponibles. Se domina el incendio del edificio del 29, pero la gran dificultad es refrescar el interior del otro edificio, "porque las escaleras estaban llenas de enseres de todo tipo", las puertas "estaban obstruidas con paquetes, estanterías, archivadores, etc..".

A las tres menos veinte de la madrugada, el desastre: el edificio se desploma. Se sabe que había bomberos dentro, pero debido a que, por la magnitud del siniestro, muchos efectivos que no estaban de servicio habían acudido voluntariamente, no es posible precisar quienes han quedado atrapados. A partir de este momento,

comienza un angustioso rescate que se tornará imposible. A las diez de la noche del día siguiente, es decir, casi veinticuatro horas después de que los bomberos quedaran sepultados, se encuentra el primero de los diez cuerpos sin vida que se acabarían sacando entre los escombros.

Salán a día de hoy considera que la tragedia se produjo por una orden precipitada: "Entraron cuando no debían". Al margen de esto, lo cierto es que aquel edificio ya era bien conocido por los bomberos de Madrid, pues había sufrido otro espectacular incendio en 1964, tras el cual fue demolido y reconstruido. En la investigación posterior al siniestro de 1987, se concluyó que la reconstrucción "se realizó desviándose del proyecto original y autorizado, lo que pudo tener influencia en su comportamiento en el siniestro. Su derrumbamiento, que se produjo en forma de colapso, fue atípico e inicialmente sorprendente".

Para colmo, el edificio tenía un largo historial en los últimos años de obras y reformas realizadas sin licencia municipal, que se llevaron a cabo sin que el Ayuntamiento las paralizara. Un año antes del siniestro, la propiedad de los almacenes había solicitado un permiso de obras para instalar una escalera mecánica que fue denegado, pero la escalera se instaló igualmente, lo mismo que una torre de refrigeración que pesaba más de 4.700 kilos, también denegada y también construida finalmente.

Tras el siniestro, el edificio sería derribado, y aunque existió un plan municipal para convertir los dos solares en zona verde en homenaje a los bomberos fallecidos, finalmente se levantó un nuevo edificio en el que se instaló una placa conmemorativa de homenaje. Sus nombres: Armando Juárez Dado, Miguel Azuera, Juan Antonio Escalera, Francisco Madueño Suárez, Julio Honrubio Barona, Manuel García Martín, Ángel González Soto, Juan José Gómez Mago, Manuel Molina Río y Francisco Javier Plaza Castilla.

El incendio de Almacenes Arias fue un durísimo golpe en el cuerpo, que vivió con indecible angustia el prolongado e infructuoso rescate, durante el cual no se perdía la esperanza de poder rescatar a alguno de los compañeros atrapados. Prácticamente todos los bomberos del Ayuntamiento, de la Comunidad de Madrid e incluso de otras comunidades, estuvieran o no de servicio, e incluyendo quienes disfrutaban de vacaciones e incluso algunos bomberos jubilados, se congregaron en aquel siniestro para tratar de salvar a los diez compañeros atrapados.

## GAJES DEL OFICIO

"Salán ha salvado a mucha gente, no una ni dos". Lo dice Antonio Rubio, su compañero y amigo. Habría unas cuantas anécdotas para recordar, que dan cuenta de por qué Dionisio Salán es considerado en el cuerpo como uno de aquellos hombres históricos e imprescindibles que han sido y son orgullo del Cuerpo. El propio Salán recuerda una: "Fue en el paseo de Extremadura. Un piso estaba en llamas y en la puerta estaba la familia". Increíblemente, "se había quedado un niño en el piso, un bebé. Los mayores habían salido todos y lo habían dejado allí, olvidado". Salán y sus compañeros lograron rescatar al pequeño.

No fue la única vez que ante la emergencia, alguno de los miembros más vulnerables de la familia son dejados atrás. Lo explica Antonio Rubio: "Los primeros que salen siempre son los hombres, y los últimos, los críos y las mujeres". Recuerda un fuego en Ramón de Santillán, por el paseo de la Habana: "El marido había salido, y decía que la mujer, que estaba en estado, seguía allí, en el tercero".

Pues bien, "Salán y Oriol, otro de nuestros compañeros, cogieron al hombre y quisieron entrar, pero el hombre se volvió". Finalmente "rescataron a la mujer, y según salió para La Paz, se puso de parto". La cosa se complicaría aún más porque sus dos compañeros, Oriol y Juan Luis Fresnillo, *el Lobo*, "se metieron para abajo y no salían. Nos dimos cuenta y entramos a por ellos: se habían desmayado. Los sacamos", recuerda Rubio.

Dionisio Salán será recordado en el cuerpo por actuaciones heroicas como las descritas, pero también por detalles de otro tipo que hablan de su espíritu de compañerismo: "En todos los parques tenía que haber un capataz cada noche, encargado de hablar con el Jefe de Guardia cuando había una salida importante. En una guardia en pleno invierno en el Parque Cuarto, estando Salán y yo, se presentó una salida a las cinco de la mañana. Aquella noche el capataz, que era muy friolero, se había quedado en casa. Teníamos que hablar con el Jefe de Guardia, pero Salán lo primero que hizo fue llamar un taxi para que fuera a buscar al capataz, para que el hombre no quedara en entredicho. Fue todo un caballero".



En los recuerdos de Rubio y Salán hay también algunas anécdotas curiosas o divertidas, pero que también dan cuenta de lo dispar e inesperado de las intervenciones que tenían que realizar: "En aquella época, en los 70, íbamos habitualmente a reducir a personas que estaban mal mentalmente. A veces se podían dar situaciones de peligro, nunca sabías qué te ibas a encontrar".

En una de aquellas salidas "iba con Salán y Juan Luis Fresnillo, *Lobo*, a reducir a un hombre que se había vuelto loco. Llamamos a la puerta, y escuchamos al hombre decir: '¡Artilleros, a sus puestos!'. Pensamos que el hombre podía tener armas, así que el *Lobo* encontró la manera de entrar por una ventana, mientras Salán y yo tratábamos de distraer al hombre desde la puerta. Cuando al fin entramos, nos encontramos con que el hombre tenía un ejército de soldaditos de plomo y estaba jugando con ellos, por eso decía eso de '¡Artilleros, a sus puestos!'. Nos quedamos con la boca abierta, porque habíamos pasado algo de miedo pensando lo que podía haber en el piso".

Hay otras anécdotas que no son tan divertidas. Nos muestran hasta qué punto Salán y sus compañeros se jugaban la vida en tiempos donde la seguridad en los equipos no era la misma que en la actualidad. También ejemplifican hasta qué punto el riesgo inesperado siempre puede surgir en el desempeño de la profesión. Salán recuerda con nitidez aquella ocasión en que sufrió el estallido de una bombona de butano: "Fue en un bar que se llamaba La Parra, en la plaza del Carmen. Hubo fuego, y lo conseguimos apagar, pero al sacar aquella bombona a la calle, se cayó al suelo, empezó a salir gas y explotó".

Fue una "explosión tremenda", recuerda Rubio: "una de esas cosas que no esperas que pasen". Salán sufrió importantes quemaduras en las manos: "Estaba justo al lado de la bombona, y no me dio tiempo a salir. Me quemé las manos y la cara un poquito, aunque afortunadamente no me dejó secuelas". Pudo haber sido peor, más teniendo en cuenta que aquel incidente se produjo aún en tiempos en que "no llevábamos guantes, íbamos muy desprotegidos".

## UN CUERPO MUY QUERIDO

El Cuerpo de Bomberos de Madrid es, históricamente, uno de los colectivos de servidores públicos mejor valorados por la población madrileña. Son muchos los valores que, a lo largo de la historia de la capital, los madrileños han percibido como positivos en estos profesionales. Los motivos hay que buscarlos sin duda en su encarnación de cualidades tan antiguas como el propio ser humano: valentía, solidaridad, responsabilidad, asunción de riesgo en situaciones extremas.

También, respecto de los cuerpos policiales o militares, los bomberos han contado con la ventaja de que su función nunca ha sido vinculada -sea esta valoración justa o injusta-, a condicionantes políticos o partidistas. Los bomberos han estado allí justo cuando se les ha necesitado. La generalidad de los ciudadanos no sabemos demasiado sobre los pormenores de su trabajo, sobre su día a día y mucho menos sobre la historia del cuerpo, pero sí vivimos con la certeza de que ante cualquier emergencia serán los primeros en llegar y los últimos en marcharse mientras su presencia sea requerida. Lo que no es poco.

Yolanda, una de las hijas de Dionisio, lo explica de esta manera: "Para nosotros era un orgullo que fuera bombero. Siempre ha sido un cuerpo muy querido, especialmente en Madrid. La Policía o la Guardia Civil, por ejemplo, hay gente que puede apreciarlo más o menos, pero con los bomberos hay unanimidad, o casi".

Juan Redondo, Subdirector de Primera Intervención del Cuerpo de Bomberos de Madrid, explica que "es una profesión que te marca absolutamente, no es como cualquier otra. La amas porque en ella encuentras gente imprescindible: noble, valiente, arriesgada... mientras haya estos valores que representan al ser humano en su máxima expresión, habrá buenos bomberos". Claro que tampoco hay que echar las campanas al vuelo: "Un bombero no es mejor o peor que por ejemplo un antidisturbios. A todos, la profesión nos coloca en su sitio, y también en Bomberos hay mucha gente que pasa por aquí sólo por el salario, o por tener unas buenas condiciones laborales, en teoría. Son mercenarios".

En esta categoría, desde luego, no entra Dionisio Salán. En palabras de su compañero Antonio Rubio: "Salán es de las mejores personas que ha habido en Bomberos. Como él no ha habido nadie, es un hombre excepcional". Uno de los buenos: "Todos, quien más quien menos, cumplen con el trabajo, pero lo que importa es tener algunos con la vocación y con la intención de querer hacer las cosas bien. Esos son los menos", remata Redondo.

"Se podía haber jubilado antes, pero no quería... hasta el final estubo. Entró muy joven después del servicio militar, y estubo hasta el último día", explica Antonio Rubio. Su amigo Salán no puede ser más preciso: "cuarenta años, cinco meses y tres días". Salán no añade las horas y los minutos restantes, de puro milagro. Ése es el tiempo que estubo en el cuerpo, toda una vida. Casi tanto tiempo como lleva casado con su mujer: "Son cincuenta y tantos...", dice mirándola de reojo. Esto ya no lo sabe tan exacto.

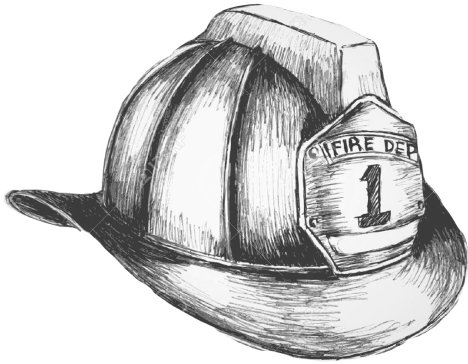
Los últimos años en el cuerpo, Salán estubo destinado al Museo de los Bomberos, la preciosa colección de vehículos, utensilios y herramientas del cuerpo municipal, abierto al público en Vallecas (aunque en la actualidad cerrado por reformas). Dionisio enseñaba el museo junto a Antonio Rubio, una vez más. Rubio era el encargado: "En la última época, él tenía que atender a su mujer, que estaba en silla de ruedas, y yo le decía que se lo tomara con calma, que viniera algunas horas menos... pero él no fallaba, allí estaba cada día", recuerda.

Tampoco faltó a una iniciativa muy exitosa del cuerpo, que ha quedado ya como parte de la tradición de las fiestas navideñas: la carroza de Bomberos de Madrid en la cabalgata de los Reyes Magos. Rubio, Salán y Frías, los tres compañeros, repartiendo caramelos. "Al principio íbamos en un coche para representar al cuerpo, luego en dos coches y con la escala... y ahora mismo van hasta cien bomberos", explica Rubio.

\*\*\*

Julián Polo, Paco Higuera *El Rubio*, Efrén Gallego, Antonio Rubio, Víctor Frías, Víctor López, Antonio Gómez Alcázar, Rafa *El Asturiano*, Felipe García, Paco *El Ventas*, Aníbal, Hergueras, José Luis Sanz, Juan Redondo... tantos nombres para una gran familia. Con ellos vivió las duras y las maduras de la profesión Dionisio Salán. Jugando al dominó, haciendo paellas, apagando fuegos, jugándose la vida propia, salvando otras. Así era el trabajo.





## *Dionisio Salán*



Dionisio cumpliendo el servicio militar en Valladolid



Ingreso en el cuerpo de bomberos, promoción de 1957

*Dionisio Salán*



Premio de un concurso entre los parques 1º y 2º, dando la vuesta al rueda



Dionisio con su amigo y compañero Julian Polo



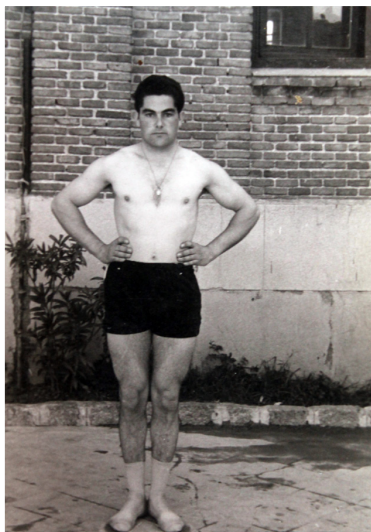




Dionisio esquiando



Con su mujer Obdulia en Madrid



Preparado para la tabla de gimnasia, Parque Primero

*Dionisio Salán*





Boda de Dionisio y Obdulia el 7 de mayo de 1961, con los padres de ambos



El día de su boda con amigos de ambos



Con los tres hijos, el pequeño José Ignacio recién nacido, en su pueblo Villómar



Toda la familia pasando un día de campo



Con dos de sus hijos, Yolanda y José Ignacio, Isla de Tabarca (Alicante)



Compañeros del Parque Segundo

*Dionisio Salán*



Dos momentos de Dionisio participando en la Cabalgata de Reyes







Con sus hijos Yolanda y Jose Ignacio



Dionisio y Obdulia con su hija Yolanda en la actualidad



Dionisio y Obdulia con sus dos hijas Mercedes y Yolanda, de vacaciones en Cullera, Alicante



Los nietos de Dionisio y Obdulia











Este cuaderno biográfico, recoge la trayectoria vital y profesional de tres Mayores Magníficos. Tres hombres con perfiles bien distintos, pero cuyas historias nos ofrecen abundantes elementos de reflexión y una mirada amena y honesta a la historia de nuestra comunidad, desde ámbitos dispares como la atención a los más necesitados, la cultura y el arte, y el servicio público.



**Comunidad de Madrid**